

RAPTO EN LA GALAXIA

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



RAPTO EN LA GALAXIA

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



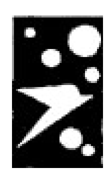
RALPH BARBY

RAPTO EN EL ESPACIO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 421

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

416. — Permiso de invasión, Glenn Parrish

417. — Imperio flotante, Joseph Berna

418. — Reina estelar, Clark Carrados

419. — La visita de «Duende», Kelltom Mclntire

420. — Los parásitos, Glenn Parrish

ISBN 84-02 02525-0

Depósito legal: B. 27.579 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: Setiembre, 1978

Todos los personajes

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

El viaje por el espacio interestelar estaba resultandorutinario en apariencia, mas Ciel, que era la comandante de la nave, sabía que debía de ir cambiando la ruta y efectuar eses en el espacio para que nadie pudiera seguirla.

Debía colocarse tras planetas que la eclipsaran durante algún tiempo y reaparecer por una dirección distinta a la seguida con anterioridad, para evitar ser detectada y seguida.

Ciel no tenía demasiadas inquietudes. La nave viajaba bien en tres punto-velocidad-luz, aunque sabía que si sufría alguna avería técnica en el exterior, debería aminorar la velocidad crucero un veinteavo, lo que significaba emplear una gran cantidad de energía en los retrocohetes atómicos y después en el relanzamiento para recuperar la velocidad perdida; mas, hasta aquel momento, no había tenido ningún problema.

La nave viajaba con todas las corazas puestas y sólo podían ver el exterior a través de las telecámaras que podían captar una imagen y retenerla si hacía falta.

La nave que comandaba Ciel no era de combate. Poseía un cañón láser de trescientos sesenta grados y un lanzamisiles, armas insuficientes para contrarrestar un ataque que pudiera venir por parte de los milicianos de Dorado, el planeta más bello y más rico que nadie hubiera podido imaginar jamás.

El planeta Dorado había sido descubierto hacía ya casi dos siglos, pero debido a su lejanía se había idorepoblando poco a poco, al principio por exploradores procedentes de diversos sistemas estelares, seres inteligentes pero distintos a los terrícolas o a los slowitas, grandes amigos de los terrícolas. Dorado había atraído como un poderoso imán a los aventureros de distintos sistemas y civilizaciones.

Llegar a Dorado podía significar hacer fortuna, mas era un lugar sumamente peligroso donde la vida humana valía muy poco. Los habitantes de Dorado, para autocontrolarse, habían formado un ejército de mercenarios que no eran mejores que los aventureros vulgares, hombres ansiosos de obtener jerarquía en una milicia bien pagada y con derecho a saqueo.

Por eso se temía, y mucho, a los mercenarios del espacio que pertenecían a Dorado, gente sin escrúpulos que tras una guerra cruel habían obtenido la independencia de las civilizaciones que descubrieran y colonizaran el planeta Dorado.

Hacía ya tiempo que Dorado era un planeta independiente que, por su especial forma de comportarse, no había sido admitido en la Confederación Galáctica.

Se había tenido noticia de que en los últimos tiempos, naves de Dorado habían atacado a planetas habitados, saqueándolos, llevándose de ellos cuanto les interesaba. De este modo, se habían aprovisionado de material cibernético de primerísima calidad, e incluso se decía que de esclavos, para trabajar en vastas plantaciones para la consecución de alimentos.

En el gran congreso de la Confederación Galáctica se había tratado el tema, mas no se había llegado a ningún acuerdo. Se sabía que la milicia de Dorado se había armado muy bien y que atacarla sería derramar mucha sangre; no obstante, también se sabía que si los milicianos mercenarios de Dorado decidían atacar de lleno a la Confederación, que era la unión de varias civilizaciones, perderían, por ello no se les tomaba demasiado en cuenta.

Se habían enviado embajadas de protesta a Dorado y de todos era conocida la ambición de Rashol, comandante en jefe de la milicia mercenaria de Dorado. Enrealidad, el paneta Dorado no tenía congreso ni nada que se le pareciera; tenía una constitución muy básica y simplemente para imponer el orden.

El temible Rashol, para tener contentos a los aventureros que habitaban en Dorado, no les ponía impuestos ni obligaciones; sólo les exigía que si sus milicianos mercenarios tenían que actuar para salvaguardar la independencia de Dorado o capturar a traidores infiltrados, que nadie les estorbase. Si alguien lo hacía, normalmente moría en el mismo momento, ya que los milicianos mercenarios estaban habituados a disparar y a matar.

Dejando en paz a los milicianos mercenarios, se podía vivir, muy bien, una vida aventurera en Dorado y si todo fallaba, si no se descubrían buenas minas o no se poseía una buena plantación, siempre quedaba el recurso de alistarse en las filas de los mercenarios.

A Ciel le habían dado una ruta ya programada para evitar un mal encuentro con las naves mercenarias de Dorado, pues solían

atacar a las naves solitarias para desmantelarlas y llevarse todo aquello que pudieran utilizar en sus propias naves, ahorrándose así tener que montar factorías de fabricación, porque para lo que los aventureros de Dorado no tenían tiempo era para montar laboratorios de investigación.

Investigar resultaba muy costoso y largo. Luego, cuanto se conseguía en la investigación debía llevarse a factorías para que lo produjeran, todo demasiado complejo, problemático y con obtención de resultados a largo plazo. Por ello, Rashol había preferido reclutar buenos técnicos para reparaciones, reciclajes y redistribución de cuanto era saqueado de las naves que caían bajo sus ataques. Y lo cierto es que jamás admitían que hubieran atacado a nave alguna, salvo que rebasaran su área jurisdiccional espacial.

Ciel estaba conduciendo su nave sin problemas, según la ruta marcada. Llevaba consigo a cuatro tripulantes más y a tres androides biónicos para trabajos difíciles y de gran riesgo.

Dos de los androides, de serie AWA, poseían una gran fuerza para mover objetos pesados. El tercero de losandroides, un Gen-9, era en sí mismo, un computador autónomo con gran poder de captación a través de sensores de infrarrojos de banda visual normal y ultravioleta. No era un androide de combate y sí un excelente colaborador para cualquier dato que se precisara.

—¡Comandante Ciel, comandante Ciel! — llamó una voz que llegó a la joven comandante a través del altavoz instalado en su camarote de descanso.

—¿Qué sucede? — preguntó a través del telecomunicador.

—Parece que una nave nos sigue.

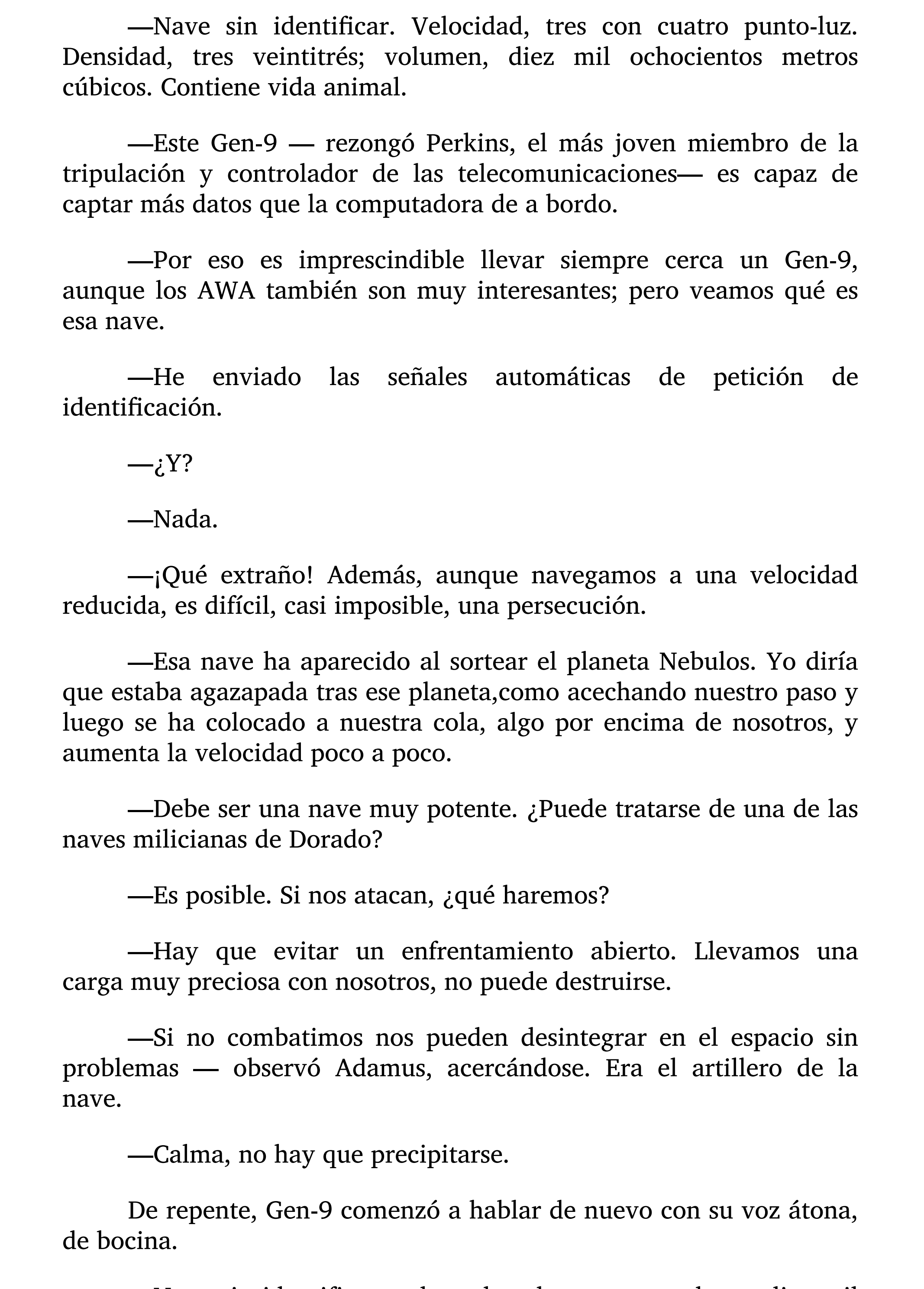
—¿Una nave? ¿Qué nave? ¿Ha dado señales?

—Ninguna.

—Pida identificación, ahora voy hacia el puente.

Ciel, alta, esbelta, de cabello rojo flameante y ojoscálidos, anduvo con elasticidad y seguridad. Era una mujer muy hermosa de ascendencia terrícola aunque había nacido en la colonia de Venus.

Gen-9 volvió rápidamente su cabeza de cristal hacia ella, enfocándola con su ojo electrónico. Con su voz de bocina, dijo:



—Nave sin identificar. Velocidad, tres con cuatro punto-luz. Densidad, tres veintitrés; volumen, diez mil ochocientos metros cúbicos. Contiene vida animal.

—Este Gen-9 — rezongó Perkins, el más joven miembro de la tripulación y controlador de las telecomunicaciones— es capaz de captar más datos que la computadora de a bordo.

—Por eso es imprescindible llevar siempre cerca un Gen-9, aunque los AWA también son muy interesantes; pero veamos qué es esa nave.

—He enviado las señales automáticas de petición de identificación.

—¿Y?

—Nada.

—¡Qué extraño! Además, aunque navegamos a una velocidad reducida, es difícil, casi imposible, una persecución.

—Esa nave ha aparecido al sortear el planeta Nebulos. Yo diría que estaba agazapada tras ese planeta,como acechando nuestro paso y luego se ha colocado a nuestra cola, algo por encima de nosotros, y aumenta la velocidad poco a poco.

—Debe ser una nave muy potente. ¿Puede tratarse de una de las naves milicianas de Dorado?

—Es posible. Si nos atacan, ¿qué haremos?

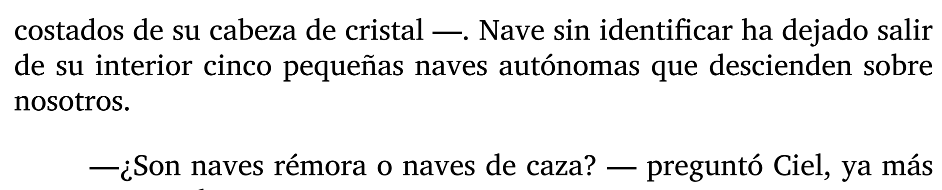
—Hay que evitar un enfrentamiento abierto. Llevamos una carga muy preciosa con nosotros, no puede destruirse.

—Si no combatimos nos pueden desintegrar en el espacio sin problemas — observó Adamus, acercándose. Era el artillero de la nave.

—Calma, no hay que precipitarse.

De repente, Gen-9 comenzó a hablar de nuevo con su voz átona, de bocina.

—Nave sin identificar se ha colocado a nuestra altura, diez mil metros por encima de nosotros. Navega a nuestra misma velocidad, atención, atención... — insistió, parpadeándole unas luces rojas, en los


costados de su cabeza de cristal —. Nave sin identificar ha dejado salir de su interior cinco pequeñas naves autónomas que descienden sobre nosotros.

—¿Son naves rémora o naves de caza? — preguntó Ciel, ya más que preocupada.

—Sea lo que fuere, y al no responder a nuestra petición de identificación, hay que considerarlo como un ataque.

—Perkins, cursa rápidamente una llamada de S. O. S, a cualquier nave de la Confederación Galáctica que pueda escucharnos. Da nuestra identificación y la posición, rápido.

—En seguida.

El joven Perkins obedeció la orden de Ciel, su comandante, abriendo los sistemas de comunicación para lanzar al espacio la llamada de socorro en todas direcciones.

—Atención, nave terrícola Sirium-50 lanza S. O. S. Atención, nave terrícola Siriurn-50 lanza S. O. S. Estamos siendo atacados por…

— y se produjeron unos chisporroteos y salieron chispas y humo de todo el panel de los telecomunicadores.

—Nos han disparado justo en las antenas de emisión exteriores.

—¡Maldición! — exclamó Ciel, sin poderse contener—. Eso es que han captado ellos nuestro S. O. S.

—¿Qué hacemos? — preguntó Adamus.

—¡Dispara ya!

—En seguida, comandante, hace rato que debía haber recibido esa orden.

—Aumentaremos la velocidad — advirtió Ciel sentándose en su butaca anatómica de comandante—. ¿Te has herido, Perkins?

—No, no es nada de importancia.

—Procura salvar lo que puedas. Hace falta que los telecomunicadores funcionen.

Ciel aumentó la velocidad de su nave, aunque sabía que ya no

podía dar mucho más de sí. No era una nave de combate.

En pantalla aparecieron las pequeñas naves que iban envolviendo a la Sirium-50 en una maniobra de acercamiento.

—Son rémoras de Dorado — mascullo Ciel.

—Habrá que preparar las armas, son peores las rémoras que las naves de caza. Si nos hubieran atacado de lleno ya estaríamos desintegrados; ahora... ¿quién sabe lo que será de nosotros?

—Perkins, mientras hay vida hay esperanza.

Adamus no había perdido el tiempo mientras los demás se ocupaban de la nave y de su funcionamiento.

A través de sus pantallas de localización, el artillero Adamus iba pulsando botones, lanzando dardos del cañón láser y disparos de misiles.

—¡Maldita sea...! Si por lo menos se pusiera a tiro la nave nodriza — se quejó malhumorado.

—Se ha colocado en nuestro único punto ciego, lo que indica que conocen muy bien nuestra nave — se lamentó Ciel.

Mientras Perkins se hacía con armas cortas y las repartía, Ciel pudo ver como una de las naves rémoraestallaba en el espacio, convirtiéndose en una bola de fuego blanco, vivísimo. Luego desapareció, convertida en polvo cósmico.

—¡Dale duro, Adamus!

Adamus volvió a acertarle a otra nave. Casi al mismo tiempo que una de las naves rémora atacantes se desintegraba y hacía que la propia Sirium-50 se sacudiera violentamente por la proximidad de la explosión, pudieron ver como las otras tres naves rémora que se les habían acercado, conseguían pegarse al casco de la Sirium-50 en forma sólida. Ya no sería nada fácil desprenderse de ellas.

—¡Estamos perdidos, Ciel! — rugió Adamus—. Si por lo menos viera a la nave nodriza...

—¿Por dónde estarán?

A la pregunta de Perkins, la voz de Gen-9 respondió:

—Tenemos nave pequeña sin identificar pegada al techo de la cabina de mando.

Todos miraron hacia el techo y Perkins apuntó con su arma.

—¡No dispares, Perkins, no dispares! — le pidió Ciel —. Si agujereas el techo, estaremos perdidos. La nave se despresurizará y moriremos sin remedio.

—Hay que colocarse los trajes de supervivencia.

—Demasiado tarde, demasiado tarde... — advirtió la voz de bocina de Gen-9—. Tres seres humanos extraños acaban de introducirse en la Sirium-50.

—¿Dónde?

Adamus se revolvió hacia la puerta armado con un fusil, mas ya en la puerta acababan de aparecer dos milicianos mercenarios de Dorado que llevaban puestos sus trajes de combate, es decir, de reflexión de láser y antiproyectiles perforantes.

Adamus se convulsionó al encajar un disparo de ultrasónico que hizo que todo su cuerpo se resquebrajara como si se hubiera secado de pronto. Cayó al suelo hecho pedazos.

—¡Quietos, terrícolas! — advirtió la voz de uno de ellos—. La nave está controlada,

La voz de bocina de Gen-9 concretó:

—Harrison, Nuriev y Adamus han muerto, incluidos en lista de bajas.

—Vuestro androide lo ha dicho, sólo quedáis vosotros dos — dijo el oficial que acababa de entrar, siempre apuntándoles con sus armas.

Parte del techo comenzó a enrojecer en un círculo amplio y recibieron una oleada de calor lo mismo Perkins que la comandante Ciel. Se abrió un amplio hueco y por él penetraron en la nave seis mercenarios de Dorado, todos armados y dispuestos a disparar al menor movimiento de los terrícolas.

—Situación controlada, mayor Virous— dijo el oficial que antes hablara, saludando militarmente ai jefe de la operación que acababa

de penetrar en la Sirium-50 por el techo de la cabina de mando.

Afuera quedaba su pequeña nave rémora, adherida a la plancha como una ventosa para evitar despresurizaciones mortales. De esta forma podían abordar a una nave, que se convertía en su víctima, y apoderarse de ella sin destruirla.

El mayor Virous era un sujeto alto y muy fornido que vestía en negro y púrpura.

—El mayor Virous, el pirata del espacio — exclamó, sorprendido, el joven Perkins.

—Sí, yo soy el mayor Virous, pero de pirata nada, muchachito.

Aquel hombre ocultaba su rostro tras un yelmo de protección que raras veces se quitaba. Era un guerrero nato, ambicioso y temible, que había puesto su astucia y su experiencia de combate al servicio de Rashol, comandante en jefe de los milicianos mercenarios de Dorado.

—Somos una simple nave de transporte, esto no es más que un acto de piratería espacial — advirtió Ciel.

—¿Piratería espacial? — Virous se echó a reír—. Esto es una acción de combate, nos interesa lo que transportáis. Oficial…

—¿Mayor?

—Asegúrese de que nada que pueda telecomunicar, funcione.

—A la orden, mayor.

El oficial encaró su arma contra los paneles de telecomunicaciones ya averiados en su mayor parte y los destruyó por completo, dejándolo todo negro y retorcido.

—Ahora, comandante Ciel, nosotros nos haremos cargo del control de la Sirium-50 si es que usted no se opone, claro.

—No sea sarcástico, mayor Virous. ¿Qué podemos hacer nosotros para defendernos? — preguntó Ciel, irritada.

—Siempre se puede cometer alguna torpeza.

—Como es destruirlo todo — gruñó Perkins.

—Calla, Perkins — le pidió Ciel.

—Es una posibilidad a tener en cuenta y como sabemos que es muy valioso lo que transporta la Sirium-50, no correremos ningún riesgo. Oficial...

—Sí, mayor.

—Cinturones de sujeción para los prisioneros.

Ciel trató de resistirse, más le fue colocado un cinturón con hebilla electrónica y dos aros de oro a los costados en los que quedaron encerradas las muñecas. De esta forma sujetos, Ciel y Perkins quedaron a merced de los milicianos de Dorado.

—Eres una mujer muy hermosa, Ciel. Cuando hayamos puesto a buen recaudo la Sirium-50, te consideraré a ti parte de mi botín.

—Jamás me consideraré su botín, antes preferiría ser desintegrada.

El mayor Virous se rió de ella, sin disimulos.

—No tendrás esa suerte. Una hembra tan hermosa como tú puede ser una gran diversión para mí. Te llevaré a mi harén de esclavas y, si te portas bien, es posible que te convierta en mi favorita.

—¡Jamás conseguirá nada de mí!

—Eres muy arrogante, pero se te pasará. Oficial, encerrad a los dos a fin de que no puedan molestar y ponedles vigilancia permanente. Ahora nos haremos cargo de esta nave que ya todos darán por perdida.

Se llevaron a punta de fusil ultrasónico a los dos prisioneros y dejaron al androide Gen-9 donde estaba, sin molestarle. Sabían perfectamente que no era un androide de combate, sino un robot biónico para sensorizar y computar datos.

Ciel y Perkins fueron encerrados en una habitación recia con la salida controlada. No tenían escapatoria mientras la Sirium-50, nave atacada y abordada, cambiaba de rumbo.

—¿Qué haremos ahora, Ciel? — preguntó Perkins, ferviente admirador de su bella comandante, quizá dos o tres años mayor que él. La admiraba por valiente y por hermosa, aunque esto último jamás se había atrevido ni siquiera a insinuarlo.

—¿Qué podemos hacer? Somos prisioneros de los milicianos de Dorado y hasta que la Confederación Galáctica no se decida a hacerles frente en una guerra abierta y total, los ataques como éste no terminarán. Nadie podrá viajar seguro por el espacio interestelar, siempre estaremos a merced de los ataques de las naves milicianas de Dorado.

—Su intención era quedarse con la Sirium-50, ¿verdad?

—Sí.

—Me habían dicho que capturaban naves para utilizar sus elementos y así construir sus naves con el mínimo costo.

—Lo hacen, pero en esta ocasión parecen más interesados en la carga que llevamos.

—La carga es secreta.

—Lo es.

—Entonces, ¿a nosotros nos convertirán en esclavos?

—Eso dicen que hacen con los capturados, aunque los de Dorado pregonan que ése es el planeta de la libertad. Se sabe que los prisioneros capturados por los milicianos mercenarios de Rashol son convertidos en esclavos.

—Pero, quien quiere ir a Dorado libremente puede hacerlo — dijo Perkins, cuyas manos estaban sujetas al cinturón lo mismo que las de Ciel, que inútilmente había tratado de liberar sus manos.

—Sí, se puede ir libremente, pero no es lo mismo ir allí como prisionero y en esa calidad vamos a llegar nosotros.

—La carga va a dejar de ser un secreto ahora, ¿verdad?

—Si han capturado la nave, si se han hecho dueños de ella, ¿quién va a impedírselo?

—Nadie, claro — admitió el joven Perkins—. Pero… ¿tan importante es la carga que llevamos?

—Sí, mucho.

—¿Puedo yo saberlo, ahora?

—Ya está todo perdido, Perkins, ¿qué más da que esperes un poco a saberlo?

—¿Pese a estar prisionero y a punto de convertirme en esclavo, no vas a decírmelo?

—Lo siento, Perkins, he jurado, por mi honor, que no lo diría.

—Si estamos perdidos y no tenemos salvación.

—Es cierto, pero aun así no puedo romper mi juramento. De todos modos, sólo tendrás que esperar un poco de tiempo, ellos abrirán la carga y tú conocerás su contenido.

—¿Entonces lo sabré?

—Sí y yo no habré faltado a mi juramento, ¿me comprendes, Perkins?

—Sí, Ciel, sí, te comprendo.

Encontró sus pupilas con las pardo-rojizas de ella y el joven se turbó, tuvo que bajar la mirada. De súbito estalló, furioso:

—¡Si alguien te toca, Ciel, juro que lo mato…!

Ciel lo miró y con una suave sonrisa le agradeció

aquel gesto que iba más allá de la fidelidad que el muchacho le debía, por ser ella su comandante; al mismo tiempo, Ciel temió aquel enamoramiento progresivo que Perkins evidenciaba hacia ella.

—No te preocupes. Perkins, de una forma u otra trataremos de escapar.

Mas pensó que, siendo prisioneros del mayor Virous, la fuga sólo podía ser un sueño imposible.

CAPITULO II

—Nosos, Stylos quiere verte—le dijo uno de sus secuaces.

Nosos era un slowita afincado en el planeta Dorado, pero no era un aventurero más, sino un tipo extremadamente peligroso que controlaba muchos negocios en el planeta.

Tenía mucho cuidado de no meterse con los mercenarios de Rashol aunque en ocasiones, se había dicho que el mismísimo Rashol había mantenido conversaciones con Nosos y le había pedido ayuda.

Nosos controlaba el mundo de los alucinógenos, de las bebidas, de las piedras preciosas y los metales raros en Dorado, y otros negocios como era el control de las esclavas, aunque él no admitía nada de aquello. Siempre se refería a tal o a cual aventurero que controlaba los concretos negocios de que le hablaban, pero Nosos era el cerebro, un cerebro que pesaba tres veces más que el de un terrícola. Los slowitas tenían una gran cabeza, unos ojos también muy grandes y redondos que podían ver casi en una oscuridad completa.

Los terrícolas eran físicamente más ágiles que los slowitas, más torpes, aunque quizá estos últimos fueran más fuertes y estuvieran mejor armados de mandíbulas, con dentaduras de piezas triangulares, más aptas para desgarrar que para triturar, triángulos que encajaban unos en otros como cepos de acero para atrapar fieras Nosos se pasó una afilada y rutilante daga entre los dientes, puliéndolos después del banquete que acababade darse, exclusivamente a base de carne. Los slowitas como carniceros que eran, repudiaban los vegetales, no eran omnívoros como los terrícolas, aunque se entendían bien con éstos por ser ambas razas inteligentes.

—¿Y qué quiere Stylos? —preguntó, sin apenas mirar a su secuaz.

—Hablar.

—Está bien, que pase. Si Stylos trabajara para mí, iría mejor. Es un tipo listo, lástima que le gusta operar solo, así nunca se hacen grandes negocios.

Nosos se hallaba en su santuario, ubicado sobre el más caro y lujoso de los clubs de Dorado.

Nosos tenía allí un gran hábitat con ventanas en trescientos sesenta grados. Poseía un panel de telecomunicaciones, de controladores y computadoras, una amplia mesa despacho, dieciséis pantallas de televisión de treinta pulgadas y una pantalla gigante que aparecía o se ocultaba a voluntad, ascendiendo o descendiendo.

De esta forma controlaba sus naves de transporte o todo aquello que le pertenecía, incluidos los clubs de diversión. Allí mismo. Nosos se hacía servir las comidas, previamente verificadas, pues él era el primero en saber que tenía muchos y peligrosos enemigos, no en vano había arruinado a mucha gente e incluso se había llegado a decir de Nosos que se había comido a más de uno de sus enemigos más odiados, culminando así al máximo su victoria, lo cual no era de extrañar, porque los slowitas, durante milenios, habían sido antropófagos y siendo como eran carniceros al cien por cien, siempre más de uno podía volver a las andadas, aunque devorar a un ser inteligente, fuera del planeta que fuese, estaba penado con la desintegración.

Stylos, con paso largo y elástico, entró en el santuario de Nosos. Sabía bien que no eran muchos los que allí eran recibidos. Nosos solía enviar a quienes deseaban hablar con él a sus secuaces correspondientes, según el negocio de que se tratara.

—¡Hola, Stylos! Hace tiempo que no sé de ti — le dijo, agrandando su boca para imitar una sonrisa terrícola, ya que los slowitas no sonreían por sí mismos.

Stylos, alto, aparentemente delgado, ancho de hombros, vestía ropas casi deportivas y solía usar un casco que le protegía hasta la nuca, con una completa visera transparente cubriéndole el rostro, aunque en ocasiones como aquélla solía llevarla levantada.

Stylos era un terrícola aventurero, todavía joven, pese a lo mucho que llevaba vivido. Había pertenecido a la milicia espacial de la Confederación Galáctica hasta que tuvo una disputa con un general y él mismo había solicitado la dimisión, marchándose a Dorado para buscar fortuna.

Nosos conocía bien las cualidades de Stylos y le hubiera gustado contratarlo como jefe de sus convoyes de transporte.

—Nosos, he venido a verte porque quiero vender algo y quizá tú conozcas a un posible comprador.

—Vaya, vaya, conque quieres vender algo, ¿eh? Anda, siéntate — le dijo con la voz fuertemente gutural que caracterizaba a los slowitas.

—Me encanta que estés dispuesto a hablar conmigo, Nosos. Creí que andabas algo molesto.

—¿Contigo, Stylos? ¿Y por qué habría de estarlo?

—Porque aquí abajo, en tu club Diamond, gané una fuerte suma de dinero. Tuve una buena racha y me fui con los bolsillos llenos; supuse que te lo dirían.

—Naturalmente que me lo dijeron y me alegré por ti, Stylos. Unas veces se gana y otras se pierde, no es malo que algún cliente gane y más si el ganador eres tú.

—¿Acaso a mí se me hacen favores especiales?

—No, aquí no se hacen favores a nadie, pero suponemos que cuando tú ganas lo haces sin trampas. Además, eres un tipo que vale. Me dijeron que te habías ido por ahí a comprar algo, una mina o una plantación, no estoy seguro, y es una lástima.

—¿Por qué?

—Sea lo que fuere, ganarías más trabajando para mí. Me hace falta un buen comandante de transporte interestelar, ya sabes que tráfico con muchas clases de mercancías.

— Sí y también sé que muchas son mercancías prohibidas o productos de saqueos.

—Habladurías — volvió a sonreír Nosos, forzadamente, lo que convertía la sonrisa en una mueca horrible.

—Vamos, vamos, Nosos, sabemos que a los milicianos mercenarios de Rashol les va muy bien acercarse a ti para venderte lo que ellos saquean en las naves que abordan o en los planetas que atacan. Tú compras y les pagas con dinero galáctico, así ellos pueden

comprarse lo que mejor les convenga, incluida alguna desgraciada esclava.

—Yo sólo compro objetos legales. Si un miliciano de Rashol tiene algo que vender, no tengo por qué preguntar de dónde lo ha sacado, como tampoco le voy adecir adonde pienso venderlo.

—Sí, lo que no aprovechan los propios técnicos de la milicia mercenaria de Rashol lo compran seres de otros planetas que están a un nivel tecnológico desarrollado.

—Eso se ha hecho siempre, amigo Stylos, pero veamos, ¿qué es lo que quieres vender? A ver si hay alguien que pueda comprarlo.

Stylos extrajo de un bolsillo de su chaqueta una piedra preciosa tan grande como un puño. Era una piedra rojo sangre que hizo que los ojos de Nosos se abrieran al máximo. En sus pupilas amarillo-grisáceas brilló el color rojo sangre de aquel rubí que Stylos había puesto sobre la mesa.

Nosos lo observó durante unos instantes y luego acercó su mano para tomarlo con cuidado.

—Es auténtico, ¿verdad?

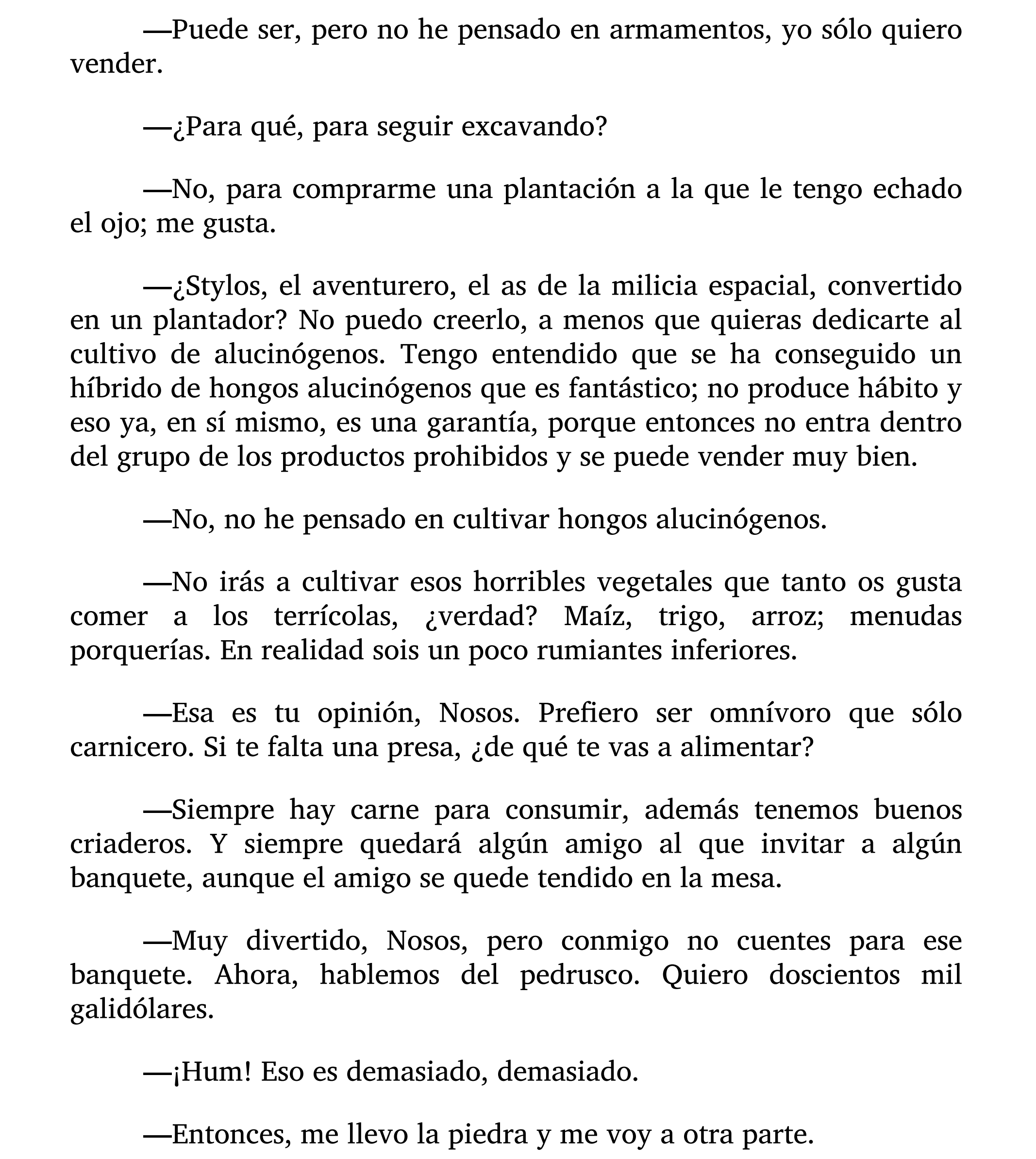
—Sí, un rubí gigante convergente natural, lo mejor para fabricar un láser de gran diámetro.

El aire escapó entre los dientes triangulares de Nosos; era como si silbase de admiración.

—En una ocasión vi un rubí gigante convergente natural pero, la verdad, no era tan grande como éste. Había oído hablar de que existían piedras semejantes en estado natural aquí en Dorado, pero... —Alzó los ojos para clavarlos en las pupilas azul grisáceas del terrícola Stylos—. ¿Lo has sacado de tu mina?

—¿De mi mina? No, no, yo no tengo una mina que dé esa clase de pedruscos tan valiosos. La verdad es que quiero venderlo, a mí no me sirve de nada y es posible que alguien se interese por él.

—Sí, alguien se puede interesar por este rubí convergente de tamaño gigante y natural, y por cien más como éste. Un escuadrón armado con láseres construidos con rubíes de este tamaño sería casi invencible.



—Puede ser, pero no he pensado en armamentos, yo sólo quiero vender.

—¿Para qué, para seguir excavando?

—No, para comprarme una plantación a la que le tengo echado el ojo; me gusta.

—¿Stylos, el aventurero, el as de la milicia espacial, convertido en un plantador? No puedo creerlo, a menos que quieras dedicarte al cultivo de alucinógenos. Tengo entendido que se ha conseguido un híbrido de hongos alucinógenos que es fantástico; no produce hábito y eso ya, en sí mismo, es una garantía, porque entonces no entra dentro del grupo de los productos prohibidos y se puede vender muy bien.

—No, no he pensado en cultivar hongos alucinógenos.

—No irás a cultivar esos horribles vegetales que tanto os gusta comer a los terrícolas, ¿verdad? Maíz, trigo, arroz; menudas porquerías. En realidad sois un poco rumiantes inferiores.

—Esa es tu opinión, Nosos. Prefiero ser omnívoro que sólo carnicero. Si te falta una presa, ¿de qué te vas a alimentar?

—Siempre hay carne para consumir, además tenemos buenos criaderos. Y siempre quedará algún amigo al que invitar a algún banquete, aunque el amigo se quede tendido en la mesa.

—Muy divertido, Nosos, pero conmigo no cuentes para ese banquete. Ahora, hablemos del pedrusco. Quiero doscientos mil galidólares.

—¡Hum! Eso es demasiado, demasiado.

—Entonces, me llevo la piedra y me voy a otra parte.

Stylos hizo ademán de recuperar la gema con la mano, pero Nosos la retiró.

—Un momento, no tan aprisa, todos los negocios se pueden hablar, pero doscientos mil galidólares es mucho.

—Suficiente para comprar la plantación que quiero.

—Mira, yo puedo comprártela si me dices que es de tu mina, porque sé que has estado hurgando en una mina de tu propiedad, una mina que te compraste con lo que ganaste en mi club.

—Es cierto. He estado metido en una mina pero ha sido un fracaso. Esta gema no pertenece a la mina.

—¿Ah, no; a quién pertenece, entonces? — preguntó Nosos, escéptico.

—En la soledad del paralelo cuarenta de Dorado, en un cañón muy hermoso, me encontré con un anciano buscador de piedras preciosas. Estaba muy viejo, llevaba los cabellos muy largos y blancos y tenía señales de haber luchado con otros aventureros e incluso contra las alimañas. La verdad es que estaba muy mal y cuando se cruzó en mi vida, agonizaba ya.

—¿Y él te dio este rubí convergente, gigante y natural?

—Me dijo que profesaba una religión y que deseaba morir en paz y de acuerdo con sus creencias; no ser devorado su cuerno por las alimañas y desperdigados sus huesos hasta la total desaparición.

—¿Te pidió Que lo desintegraras? Es lo más limpio.

—No, me pidió una sepultura. Yo andaba entonces con mi vehículo y un androide de carga y le dije que sí, que le daría sepultura tal como pedía. Le preparé unas rocas muy pesadas y una gran lápida que lo cubrió; él, en el momento de su muerte y en prueba de agradecimiento, me dio este rubí que a él ya no iba a hacerle ninguna falta.

—Muy conmovedor, Stylos, los terrícolas siempre habéis sido muy poéticos, pero...

—¿No te lo crees?

—Te doy los doscientos mil galidólares si me vendes también la mina.

—Ya te he dicho que el rubí no es de mi mina — puntualizó Stylos.

—Un millón por la mina y doscientos mil por el rubí es más de lo que nadie podría pagarte — insistió Nosos.

—Si Rashol imaginara, como tú, que en esa mina podría encontrar rubíes como éste pagaría más, mucho más — replicó Stylos.

—¿Más? — Nosos volvió a reírse—. Rashol se limitaría a decir

que eres un espía enemigo de su ejército mercenario, te condenaría a la desintegración y confiscaría tu mina.

—Sí, sería una forma habitual de actuar en Rashol, pero yo no le tengo miedo; ni a él, ni a sus mercenarios. ¿Sabes que me ha propuesto que me aliste en su milicia mercenaria con el grado de mayor?

—¡Hum! Un buen empleo, ganarías bastante, con muchas posibilidades de saqueo, aunque me temo que eso no va con tu forma de pensar.

—De acuerdo, un millón doscientos mil y te traspaso la placa de identidad de la mina y una factura de pro piedad de ese rubí.

—Hecho — aceptó Nosos, frotando el rubí.

Una hora más tarde, en la caja de seguridad del Banco Dorado, Stylos tenía un millón doscientos mil galidólares y el Banco Dorado era sagrado para todos, porque así se había establecido, incluso por Rashol, para dar seguridad a los aventureros del planeta y también para que pudieran guardar sus ganancias los milicianos mercenarios y cuantos se dedicaran a expoliar planetas.

Cuando Stylos entró en el club para divertirse un poco, ya que había pasado mucho tiempo fuera de los grandes centros de esparcimiento, Nosos ya había dado orden para que un equipo de mineros partiera hacia la mina que acababa de comprar mientras un gemólogo muy experto examinaba el rubí con cuidadosa atención y aseguraba:

—Es el mejor y más grande que he tenido, jamás, en mis manos.

—Cuidado, no se le vaya a caer, he pagado por él una fortuna. Muchos aventureros de Dorado se jugarían la vida por lo que vale una décima parte de ese pedrusco.

—Lo supongo, Nosos, lo supongo — admitió el gemólogo que, habitualmente, tasaba las piedras preciosas para Nosos, gemas saqueadas u obtenidas en las fabulosas minas de Dorado, aunque los diamantes habían bajado mucho de valor desde que se obtenían diamantes gigantescos en forma artificial.

Kania, la super-star del Club Diamond estaba en mitad de una de sus conturbadoras danzas cuando Stylos apareció entre las mesas.

La chica debió descubrirle, porque cuando terminó su actuación y recibió los aplausos de rigor, se vistió su complet de lamé iridiscente, peinó sus largos cabellos verdes en parte hacia lo alto y en parte caídos, e irguiendo el busto fue en busca de Stylos que se había sentado en un taburete frente a la barra.

—Hola, Stylos. ¿Ya no te acuerdas de las amigas?

—Kania, hace tiempo que no nos vemos.

—Demasiado, ¿no crees? — Se sentó junto a él y muy sensual le acarició los músculos de los tríceps —. ¿Cuánto tiempo hace que no estás con una mujer, Stylos?

Ella medio sonrió. Stylos sabía que de la diabólicamente hermosa Kania no había que fiarse demasiado. Era de un apetito voraz, como un gran reptil constrictor, capaz de devorar un festín grande, enorme, y luego ponerse a descansar durante semanas para hacer una buena digestión.

—Un hombre joven y fuerte como tú necesita de una mujer, por lo menos una vez al día.

—Es posible.

—¿Te has metido en algún burdel de esclavas?

—No he visto ninguno y te juro que si lo hubiera encontrado habría terminado con los chulos que lo regentaran.

—Te conozco y sé que eres capaz de eso y de más, pero dime, cuando tenías ganas de acostarte con una mujer y te veías solo por ahí, buscando piedras, ¿qué hacías?

—Romper las piedras.

—¿Con qué? — preguntó ella sinuosa, apretando los tríceps del hombre, como si gozara notando su dureza.

—Con el pico.

—No me extraña. Tienes un pico muy fuerte, un poco capaz de partir las piedras. Esa es una de las cosas que me gustan de ti.

—Ten cuidado, Kania, Llevo algún tiempo de abstinencia y...

—Y estás a punto. Anda, yo ya he terminado por esta noche,

afuera tengo mi carro. Verás qué bungalow más hermoso tengo.

—Has subido de categoría, ¿eh?

—Sí, ahora soy la super-star. Me filman muy a menudo para que puedan verme los que están en las minas, en las plantaciones, en los océanos o de viaje por los espacios.

—Sí, ya he visto alguno de tus programas en la T. T. V.

—¿Y lo pasabas bien?

—Sí, no puedo decir que no. Como, además, ya te conocía a fondo, me era más fácil regodearme con la imaginación.

—Anda, vamos, no hará falta que recurras a tu imaginación por esta noche. Verás qué bungalow más bonito tengo a orillas del lago.

En el atom-hover-craft último modelo sport, Stylos se dejó llevar por la bella Kania.

Se sentía algo cansado, con deseos de tomarse unas vacaciones. Todo había ido bien hasta el momento, aunque era seguro que Nosos se pondría de muy mal humor cuando sus mineros no descubrieran nada en la mina por la que había pagado un millón de galidólares.

CAPITULO III

La Sirium-50 se posó suavemente en el astrodromo miliciano de Dorado.

Se habían tornado toda clase de precauciones para que nadie pudiera acercarse en un área de quinientos kilómetros. Incluso la toma de suelo se efectuó durante la noche para mejor pasar desapercibida.

Era posible que algunos radares de naves particulares hubieran captado la arribada, pero como emitían constantemente la identificación de la milicia espacial mercenaria, nadie quería saber más.

Puesto sobre aviso, el mismísimo Rashol acudió a recibir la nave capturada. Un vehículo especialmente blindado condujo al comandante en jefe de la más temible milicia espacial de la Galaxia;

un individuo que parecía acumular en sí toda la ambición de poder de que era capaz un ser inteligente.

Virous, alto, fuerte, satisfecho de su trabajo, aguardó la llegada de su comandante en jefe dentro de la nave capturada.

Las pequeñas naves rémoras se habían desprendido ya del casco de la Sirium-50, dejando libres los agujeros practicados en el fuselaje, a través de los cuales se había producido el abordaje en el espacio interestelar.

Dos milicianos fueron en busca de la comandante Ciel y del jovencísimo telecomunicador Perkins mientras los androides permanecían quietos, sin que nadie les molestase.

—¿Qué tal ha ido el viaje, bellísima comandante

Ciel? — preguntó entre sarcástico, burlón e hiriente, el mayor Virous.

Ciel miró sus propias muñecas, sujetas al cinturón esclavizador, y preguntó:

—¿Cuánto tiempo habré de permanecer así? ¿Acaso tendría alguna posibilidad de escapar aquí?

—Ninguna, evidentemente, pero cuando llegue Rashol prefiero que te vea así, como al jovencito; da más sensación de captura.

—Los aventureros de Dorado sois repugnantes.

—Somos el gran imperio del futuro. Un planeta joven lleno de recursos y poblado con seres de las más diversas razas de la Galaxia, con muchas ideas y deseos de prosperar. ¡Ah!, y también con la milicia espacial más temible que se haya conocido.

—Sois ratas ansiosas de saqueo, no sois milicianos auténticos, sois buitres.

—No te lo voy a tomar en cuenta, comandante Ciel. Supongo que si estuviera en tu lugar también me sentiría molesto.

Sonó un agudo pitido que tuvo una variante de notas. El mayor Virous anunció:

—Ahí llega el comandante en jefe Rashol.

Rashol llegó escoltado por el frente, los costados y la espalda por sus hombres más diestros y preparados para la lucha, equipados con armas cortas.

Rashol, como la mayoría de los déspotas, se aseguraba bien de no sufrir un ataque por sorpresa. Podía perder una nave, un escuadrón o una división de naves espaciales de ocupación; todo eso se podía llegar a reponer, pero si perdía su vida, estrictamente su vida, lo perdía todo, por ello solía tomar toda clase de precauciones y seguridades.

Rashol era un ser del pequeño planeta Krowon, planeta sin futuro, devastado por haber tenido que soportar una nube de micrometeoritos.

Rashol, como tantos otros habitantes del pequeño planeta Krowon, tras tener conocimiento de la inminente invasión de la nube de micrometeoritos que habría de durar casi un año, había emigrado al gran planeta de los aventureros que era Dorado y de ello hacía ya mucho tiempo.

En realidad, muy pocos krowonitas se habían salvado y Rashol era uno de ellos.

Tras el paso de la nube errante de micrometeoritos, el pequeño planeta Krowon había quedado carente de toda vida animal y vegetal, pues, si la había, debía ser muy primaria y en el fondo de sus mares.

Los seres de Krowon eran de elevada estatura y extremada delgadez, de cabezas braquicéfalas y color de piel fuertemente azul, mientras que sus cabellos eran largos y muy rubios. Sus ojos almendrados tenían cejas muy pobladas y pupilas negras que en la oscuridad se tornaban rojas, ya que poseían la facultad de ver por infrarrojos.

A Rashol no le había importado reclutar en su milicia mercenaria a seres de todas las razas, pero eso sí, formando escuadrones distintos para que rivalizaran entre ellos a ver quiénes podían conseguir más victorias.

Rashol no era un anciano, pero iba camino de serlo.

—Comandante Rashol, aquí están los prisioneros

—dijo el mayor Virous presentándose y mostrando a Perkins y a Ciel.

Rashol miró al joven Perkins al que concedió poca importancia. Luego retuvo su mirada en la bella Ciel y sonrió ligeramente.

—Buen trabajo, mayor Virous, será premiado por ello.

—Gracias, mi comandante. Era mi deber cumplir las órdenes recibidas.

Rashol avanzó un par de pasos hacia Ciel y dijo:

—Cuando me enteré de que una hembra terrícola era la comandante del transporte que llevaba tan valioso contenido, me dije que no habría problemas.

—¡Se enteró; espías!

—Naturalmente y mi buen dinero me cuestan, pero hay informaciones que se pueden pagar a placer, ya que luego los beneficios a obtener son incalculablemente grandes.

—Los espías son repugnantes.

—Es posible, bella Ciel, es posible — admitió Rashol

que, en el trato, no parecía ser violento, aunque Ciel sabía que un simple gesto de su mano podía significar la desintegración de varias vidas inteligentes—, pero son útiles, muy útiles.

—El gobierno de la Confederación Galáctica no se cruzará de brazos ante este secuestro.

—¿Y qué cree que podrá hacer, mi bella Ciel?

—Exigirán...

—No continúe, es ridículo. Estarnos en un punto del espacio donde todas las ventajas son para nuestra milicia espacial. Tenernos tomados los planetas más próximos, asteroides y satélites naturales. No se puede invadir Dorado por sorpresa; un acercamiento con intención de invasión, sería una auténtica masacre. Las naves atacantes caerían como auténticas moscas.

—Está demasiado seguro de su poder, Rashol.

—Y el congreso de la Confederación Galáctica también, por eso no se atreven a atacar Dorado. Sería un suicidio y tendrán que ir soportando todo aquello que mis milicianos puedan hacer, como este

secuestro, por ejemplo.

Ciel deseó escupirle a la cara unas cuantas cosas, pero comprendió que sería inútil.

—Si hubiéramos viajado en una nave de combate, los habríamos vencido — espetó Perkins, encorajinado.

—No me digas — replicó Rashol, burlón.

—Vuestros milicianos sólo son unos cobardes que se atreven con las naves de carga y descarga.

El mayor Virous le golpeó con el puño por la espalda, en mitad del espinazo. Como que en su uniforme usaba un medio guantelete, el golpe fue brutal. Perkins se desplomó, no pudiendo evitar que su cabeza rebotara contra el piso de la nave, ya que sus manos continuaban sujetas al cinturón de sujeción.

—¡Asesino!

—No temas, el muchacho no ha muerto... aún — silabeó el mayor Virous.

—Esto es una crueldad innecesaria e indigna de alguien que pretende ser un gran jefe en la Galaxia, lo mismo que sujetar a una mujer con cinturón de grilletes. ¿Acaso tiene miedo de que le golpee una mujer como yo?

—No me extrañaría que lo hicieras, pero temerte sería ridículo. — Rashol miró al mayor Virous y le ordenó, tajante —: Soltadla, pero que esté vigilada y que no tenga acceso a ningún tipo de arma.

El propio mayor Virous se encargó de soltarle los grilletes del cinturón y entonces, Ciel se inclinó sobre Perkins que abrió los párpados y sus retinas se llenaron con la imagen de la joven.

—¿Te han atacado a ti también?

—No, Perkins, no.

—No perdamos más tiempo — gruñó Virous.

—Soltadle las manos a él también — pidió Ciel.

Rashol tuvo un instante de vacilación que se reflejó en sus ojos oscuros, algo muy raro en él.

—Soltadle — ordenó—, pero bien vigilados los dos.

—Al joven no es conveniente— objetó el mayor Virous.

—No discutas mis órdenes — le cortó Rashol.

Avanzaron hasta la puerta trampilla automática que, al vencerse hacia abajo, se transformó en rampa descendente que les iba a conducir a la bodega de la Sirium-50.

Las luces se habían encendido automáticamente y ante ellos aparecieron las diez cápsulas. Aquél era el gran tesoro que deseaba poseer Rashol.

Las cápsulas cilindricas tendrían unos dos metros y medio de largo por un metro de diámetro. Se hallaban bien sujetas con anclajes para que no pudieran desplazarse y todas ellas estaban conectadas, mediante tubos, a un panel de control y refrigeración.

Los manómetros marcaban presión y los termómetros, la temperatura de cada una de aquellas cápsulas.

—Esto es el principio de mi poder real sobre la Confederación Galáctica — dijo, rebosante de satisfacción el comandante en jefe de la milicia mercenaria de Dorado, el planeta rebelde.

Perkins todavía ignoraba el contenido de aquellas cápsulas. Por su parte, ya sin poder evitar lo ocurrido, Ciel observó:

—Si se abre una de las cápsulas, ya no habrá posibilidades de regeneración para el futuro.

—Comandante Ciel — silabeó Rashol, ahora en tono paternal —, sé muy bien que estos cuerpos que se hallan encapsulados y en estado de criogenización deben ser tratados con sumo cuidado. Son los diez cerebros más importantes de la Confederación Galáctica, diez genios de la tecnología, diez cerebros que no pueden morir y que trabajarán para mí.

—Imposible, estos hombres ya están muertos —advirtió Ciel.

—No, a mí no se me engaña tan fácilmente. Antes, hace siglos, en tu planeta Tierra se esperaba a que alguien muriera para criogenizarlo. Luego las neuronas cerebrales se alteraban y se perdía toda posibilidad de resurrección, era poco más o menos jugar a las momificaciones egipcias echándole mucha tecnología, pero al fin y a

la postre, no era más que jugar, tirar dinero y soñar con la resurrección, aunque hay que admitir que fueron los primeros y balbuceantes pasos para lo que hoy ya se ha conseguido. Un ser inteligente se criogeniza antes de morir, cuando se sabe que su salvación es ya imposible. Antes de que muera se le criogeniza y se le deja en espera del futuro.

—Son diez genios, seres superiores en inteligencia que quedarán, así, para el futuro.

—Es lo que piensa la Confederación que no tiene resuelta la recuperación de ciertas enfermedades y supone que en el futuro, quizá dentro de un siglo, estas enfermedades serán vencidas y estos genios de la tecnología podrán ser recuperados y curadas sus dolencias. Es terrible perder a unos sabios como los que yacen aquí encerrados. Un cerebro de esta categoría vale mucho más que un puñado de las mejores computadoras gigantes, porque ellos son capaces de crear. Tienen toda la tecnología metida en sus neuronas cerebrales, son científicos que pueden inventar rápidamente cuanto se les pida, sin perder tiempo.

Ciel miró a Rashol con sorpresa y desconcierto.

—Pero ¿para qué quiere usted secuestrar estos cuerpos criogenizados si hay que esperar, como mínimo, un siglo, para poderlos recuperar? ¿De qué puede servirle secuestrarlos? Están criogenizados para intentar recuperarlos en el futuro, porque ahora es imposible.

—Te equivocas, Ciel, te equivocas — le dijo Rashol, que seguía en su tono entre paternal y burlón—. Ya tengo la solución para emplear la superinteligencia de estos genios de la tecnología que han escapado de las manos de la ciencia y la tecnología de la Confederación Galáctica.

—¿Ah, sí, y cuál es?

—Tenemos preparados unos superacuarios en los que se introducirán los cerebros, que serán envueltos con líquido cefalorraquídeo apropiado y tendrán la presión adecuada para que el cerebro pueda volver a funcionar sin más ni menos presión que la que haga falta. En un recinto especial poseeré los mejores cerebros de toda la Galaxia y como cráneos, en vez de hueso, tendrán cristal irrompible.

—Eso que dice es horrible, Rashol, no puede atreverse a cometer

semejante salvajada. Es matar la nueva posibilidad de vida de estos supergenios para utilizar sus cerebros en forma criminal.

—En forma científica e interesada — corrigió él.

—No le obedecerán. ¿Olvida que son supergenios?

—¿Olvidas tú, comandante Ciel, que ellos pueden sufrir una extirpación de los lóbulos que regulan la voluntad?

—¡Es infame!

—También se les conectarán unos electrodos en los pliegues del hipotálamo cerebral que les harán obedecer. De lo contrario, sabrán lo que es el dolor o como premio, lo que es el placer. Careciendo de órganos genitales, podemos hacerles experimentar el mayor de los placeres, como si estuvieran gozando, por ejemplo, contigo, comandante Ciel. — Y se rió levemente.

— ¡Canallas, no lo conseguirán!

—Sí lo conseguiremos; es más, nos dirás en qué lugar están los otros genios criogenizados. Los quiero todos, todos a mi servicio.

—¡No lo sé, no lo sé!

—Sí lo sabes. El destino de estos supersabios criogenizados lo descifraremos pronto, escrutaremos el ordenador de navegación espacial. Antes no me interesaban estos transportes de supergenios de la Ciencia, pero desde que tengo el sistema para recuperar sus cerebros y someterlos totalmente bajo mi dominio, si me interesan y mucho. A través de ellos no tardaré en conocer todos los secretos de la Ciencia de la Confederación Galáctica. Conoceré, también, los puntos débiles de cada planeta y terminaré sometiéndolos a todos.

—Es usted un megalómano y sólo conseguirá su destrucción, lo malo es que antes de que eso ocurra, cometerá barbaridades irremediables. Se desintegrarán seres inteligentes en batallas espaciales inútiles.

—Este diálogo ha terminado — cortó Rashol—. Ya has podido desahogarte, bellísima comandante Ciel, pero no toleraré ningún insulto más. He conseguido lo que deseaba y conseguiré más genios criogenizados. Seré el amo de las superinteligencias que estarán todas controladas por mí. Mayor Virous...

—A sus órdenes, comandante Rashol.

—Lleva a las celdas de seguridad a los prisioneros. Es posible que tengamos que someterlos a interrogatorio. Quiero averiguar cuál es el lugar donde se guardan los supergenios criogenizados.

—Supongo que será algún planeta helado y sin atmósfera, para que no exista ninguna posible corrupción de los cuerpos en caso de avería de las cápsulas autónomas de criogenización.

—Eso mismo opino yo, mayor Virous, pero hay docenas de planetas con esas características de gelidez y falta de atmósfera y bastaría uno sólo para que la bús queda fuera interminable si no supiéramos en qué punto exacto buscar.

—La ruta no la conozco ni yo — objetó Ciel —, de modo que será inútil todo interrogatorio.

—Eso está por ver. Además, siempre queda la posibilidad de que tu cerebro sea el primero en ocupar uno de los superacuarios y a través de la bocina electrónica, con la cual podrás hablar, nos contarás todo lo que te pidamos. Tendrás mucho tiempo para pensar, dentro del superacuario.

—¡Comandante Rashol...!

—¿Sí, mayor Virous?

—Verá, estoy concienciado de que el interrogatorio de los prisioneros es lo primero, pero...

—¿Pero qué? — le apremió Rashol.

—Pues, una vez se haya producido el interrogatorio, me agradaría considerar a la comandante Ciel como botín particular en esta misión de secuestro que hemos llevado a cabo. Las ordenanzas de la milicia mercenaria que usted comanda me autorizan a formular esta petición.

—¿Has oído, comandante Ciel? Si mayor Virous te quiere para esclava suya o quizá para venderte y sacar sus buenos galidólares.

—No, comandante Rashol, es para mi uso particular.

—¿Qué dices a esto, comandante Ciel? ¿Prefieres que tu cerebro se quede flotando en el interior de una pecera y que te

proporcionemos un poco de placer sexual a través de un electrodo, de vez en cuando, o le escoges a él como amo y señor?

—Escojo la desintegración.

—No esperaba menos de ti, eres una mujer valiente, mas al final todo ese orgullo y arrogancia se vendrá abajo, ya lo verás. Ahora, mayor Virous, lleva a los prisioneros a sus celdas.

—Cumpliré sus órdenes, comandante Rashol, pero luego, ¿ella sería mía?

—De ese particular ya hablaremos; ahora hay otras cosas que me preocupan más. Estos supergenios han de comenzar a trabajar cuanto antes. En la memoria de sus neuronas están encerrados todos los secretos de mis enemigos y me los contarán.

—Será un fracaso y estropeará un puñado de cerebros superinteligentes que legamos al futuro — gruñó el jovencísimo Perkins, que había enrojecido de rabia al oír lo que pensaban hacer con la bella Ciel a la que adoraba sin atreverse a confesárselo.

—¡Se acabó; andando, o me veré obligado a poneros de nuevo los grilletes de sujeción!—les advirtió el mayor Virous.

Sacaron a Ciel y a Perkins de la Sirium-50, una nave que no tardaría en desaparecer bajo el subsuelo del as tródomo de la milicia mercenaria para que nadie pudiera descubrirla.

Para la Confederación Galáctica, aquella nave tenía que haber desaparecido inexplicablemente en pleno viaje, aunque, en el fondo, se sospechara que las huestes de Rashol habían tenido que ver en todo ello.

Fueron introducidos en un vehículo para ser conducidos a la cárcel de seguridad del cuartel general de la milicia mercenaria de Dorado.

Ya se habían puesto en marcha y alejado de los otros vehículos que rodeaban la nave, junto a los cuales había quedado el mayor Virous, encomendando la custodia de los prisioneros a un suboficial, cuando Ciel, en un atrevido movimiento que ya tenía calculado, logró arrebatarle su arma corta al oficial.

Este se dio cuenta y reaccionó. Hubo un forcejeo, Perkins intervino, golpeando al oficial por encima de la cabeza de Ciel.

—¿Qué ocurre? — preguntaron los tres hombres que viajaban delante, junto al conductor.

Ciel no vaciló en disparar sobre dos de ellos y sus cuerpos se resquebrajaron al recibir el dardo del superultrasónico.

—¡Detén este cacharro, vamos! — exigió Ciel, al con ductor que se apresuró a obedecer.

—¡Tú, fuera! —ordenó Perkins al suboficial que tenía la nariz sangrante a causa del puñetazo que acababa de propinarle el joven.

—¡No podréis llegar lejos, todo está rodeado!

—Perkins, hazte cargo del volante. Vosotros, dejad

las armas aquí y sacad a vuestros amigos. — Ciel señaló a los muertos.

Pronto, Ciel y Perkins se hicieron dueños del vehículo. Afuera quedaron el suboficial y el conductor, mientras Perkins aceleraba, alejándose en la tenebrosa noche de Dorado.

—¿Adonde vamos? — inquirió Perkins.

—No lo sé, pero hay que salir del área miliciana cuanto antes. Seguro que ésos no tardarán en dar la alarma y comenzará la caza.

El vehículo miliciano, con las luces apagadas, se desplazó, rápido, sobre un colchón de aire.

CAPITULO IV

Presenciar la amanecida en el planeta Dorado, junto al lago, era gozar de un espectáculo maravilloso. Pocos planetas, en toda la Galaxia, podían ser tan bellos como aquél. Era el planeta soñado, el

planeta de las bellezas y de las riquezas, por ello habían acudido a él tantos aventureros de las más distintas formas y colores, seres que se parecían por una línea general anatómica, es decir, estaban compuestos de cabeza, tronco y extremidades, pero las variaciones de longitud, grosor, color de piel y cabellos, era extraordinaria.

Las más distintas razas, totalmente incruzables entre ellas por tener cromosomas distintos, trataban de congeniar, de respetarse los unos a los otros, mas no podían evitarse las peleas, los odios y los crímenes.

Y lo que hacía la situación más difícil era que si un slowita asesinaba a un terrícola o un ser de Krowon mataba a un slowita, no había problemas de conciencia. Los únicos problemas eran los de no ser vistos por nadie. No había sentido de moral ni hermandad, cada cual iba a lo suyo, a sus problemas, a sus lucros y a evitar ser robados o asesinados, o que las huestes milicianas de Rashol no le pudieran detener por haber violado alguna de las ordenanzas, aunque los milicianos solían preocuparse poco por los robos y crímenes vulgares.

Estaban más preocupados por la posible intromisión de espías llegados de la Confederación; no obstante, estaba Nosos para los asuntos pequeños. Si alguien mataba o robaba a uno de los que de una forma u otra proporcionaban beneficios a Nosos, éste no dudaba en enviar a sus matones para que ejecutasen al asesino.

Stylos sabía muy bien lo duro que resultaba vivir en el bello planeta. Si se hubiera establecido una colonia de la Confederación Galáctica, con sus leyes justas, dejando hacer a los aventureros, pero imponiendo rigor contra ladrones y asesinos, todo habría sido distinto.

Rashol era el culpable de aquella independencia total que, en realidad, era una rebeldía. Se había negado a aceptar las leyes de la Confederación Galáctica, lo que había equivalido a ser expulsados del Congreso de la Confederación. Rashol se había reído de los miembros de dicho Congreso e, incluso, les había escupido que algún día él llegaría allí para disolverlo y ser el emperador de toda la Galaxia.

Se le había tomado por un loco megalómano, mas no tardaron en darse cuenta de lo peligroso que podía llegar a ser Rashol, hasta que comenzó a engrosarse su milicia de mercenarios y llevaron a cabo los primeros combates espaciales, lo que hizo que Rashol marcara ya límites en torno a Dorado.

Ninguna nave militar de la Confederación Galáctica se podía

acercar a un millón de kilómetros, sin ser abatida. Otras naves podían solicitar la aproximación y los tripulantes y viajeros eran controlados. Si llegaban Dorado para extraer del planeta más riquezas de sus minas o plantaciones, podían considerarse bien recibí dos, lo mismo que si deseaban convertirse en milicianos mercenarios, aunque en este último caso debían someterse a unas pruebas de verificación con drogas que extraían la verdad por si se trataba de espías. La cortesana super-star Kania yacía sobre el lecho, lánguida, estremeciéndose de vez en cuando. Stylos se daba cuenta de que Kania era muy bella y atractiva, resultaba dificilísimo resistírsele si ella deseaba gozar amorosamente con alguien escogido, como en aquel caso había sido Stylos.

Se había hecho rico y sabía que con el dinero que ahora tenía en el Banco de Seguridad podía sacar a Kania del club de Nosos, pero éste se molestaría mucho.

Por otra parte, Kania resistiría algún tiempo, pero ter minaría deseando regresar a la pista del club para mo verse allí, ondulante y sensual, provocando a los espec tadores para sentirse deseada por tantos y tantos que pagaban las consumiciones a precios muy altos, y debían contentarse con una de las chicas de alterne.

Stylos sabía todo esto; Kania podía darse a sí misma en forma espléndida, pero luego deseaba sentirse deseada, no por uno solo, sino por muchos hombres y ello lo conseguía en sus actuaciones en el club y, máxime cuando una de sus actuaciones se transmitía para aquellos que no podían verla en directo.

Stylos, después de contemplar la bella amanecida de los tres soles que iluminaban a Dorado, tres circunferencias, una mayor y más voluminosa y dos pequeños soles que giraban alrededor de la principal como simples planetas, se desnudó y se zambulló silenciosamente en las aguas del lago, ahora iridiscentes debido a la luz de las estrellas anaranjadas que lo iluminaban en oblicuo.

Sintió la frialdad del agua sobre su cuerpo musculado, nervudo y duro y braceó con más fuerza, alejándose del bungalow de Kania que seguía dormida en su lecho

No tenía prisa en regresar, había decidido tomarse unas vacaciones.

Era cierto que había pensado comprarse una plantación en el área tropical del planeta para cultivar frutas exóticas que estaban muy

cotizadas. Se había cansado de buscar piedras preciosas o metales radiactivos. Se sentía a gusto nadando por el lago y así se acercó a una orilla lejana a la parcela del bungalow de Kania una orilla donde abundaba la vegetación verdosa y morada e incluso se podían ver flores silvestres.

Salió del lago, rebasó unas plantas y, de pronto mientras su cuerpo atlético chorreaba agua, descubrió a una bellísima mujer y a un joven; ambos quedaron sorprendidos por su presencia inesperada y silenciosa

Perkins se levantó y se lanzó de cabeza contra Stylos al que trató de derribar con su embestida. No lo consi guió. Stylos era más alto, más fuerte, tenía algunos años más aunque no demasiados. Estaba en el pleno vigor del hombre terrícola y consiguió parar los furiosos golpes de Perkins y sujetarle con una presa de estrangulamiento.

—Quieto o disparo — advirtió Ciel, que empuñaba un arma corta de superultrasonido. Stylos, que conocía bien aquel tipo de armas, reglamentarias en la milicia mercenaria de Dorado, preguntó:

—¿Qué os pasa, por qué me atacáis si no os he hecho nada?

Ciel vaciló un poco y buscó con sus ojos cálidos los gris azulados del hombre, como tratando de escrutar en ellos la verdad.

—¿Quién eres?

—Stylos. ¿Y vosotros?

—¡Dile que me suelte! — rugió Perkins, que babeaba entre dientes.

—Suéltalo — exigió Ciel.

—Primero suelta tú la pistola.

—No.

—¿No te fías de mí?

—No.

—Entonces, le rompo el cuello a tu hermanito y luego puedes matarme.

—No soy su hermano — gruñó Perkins entre dientes, sin poder

escapar a la presa.

Ciel dudó unos segundos más y dejó caer el arma al suelo. Entonces, Stylos soltó a Perkins que se llevó las manos al cuello y tosió, congestionado. —Bueno, he dejado mi ropa al otro lado del lago. No creo que haga falta taparme con una hoja de parra, ¿verdad?

—Márchate, quien quiera que seas — pidió Ciel.

—Me da en la nariz que estáis en problemas.

—Nosotros no tenemos ningún problema — se apresuró a rebatir, Ciel.

—¿Ah, no? Ese uniforme que llevas pertenece a la milicia de la Confederación, grupo de Transportes, y el arma que has dejado caer es de los milicianos de Dorado, de modo que seguro que estáis en problemas. ¿Os persiguen?

—¿Eres tú un miliciano a las órdenes de Rashol?

— Inquirió Ciel.

—No.

—¿Un aventurero?

—Así nos llaman a los que estamos en Dorado y no servimos a la milicia de Rashol.

—No le digas nada, Ciel — pidió Perkins, recuperándose.

—Es cierto, nos buscan y si nos capturan nos meterán en una celda.

—¿Sois espías de la Confederación?

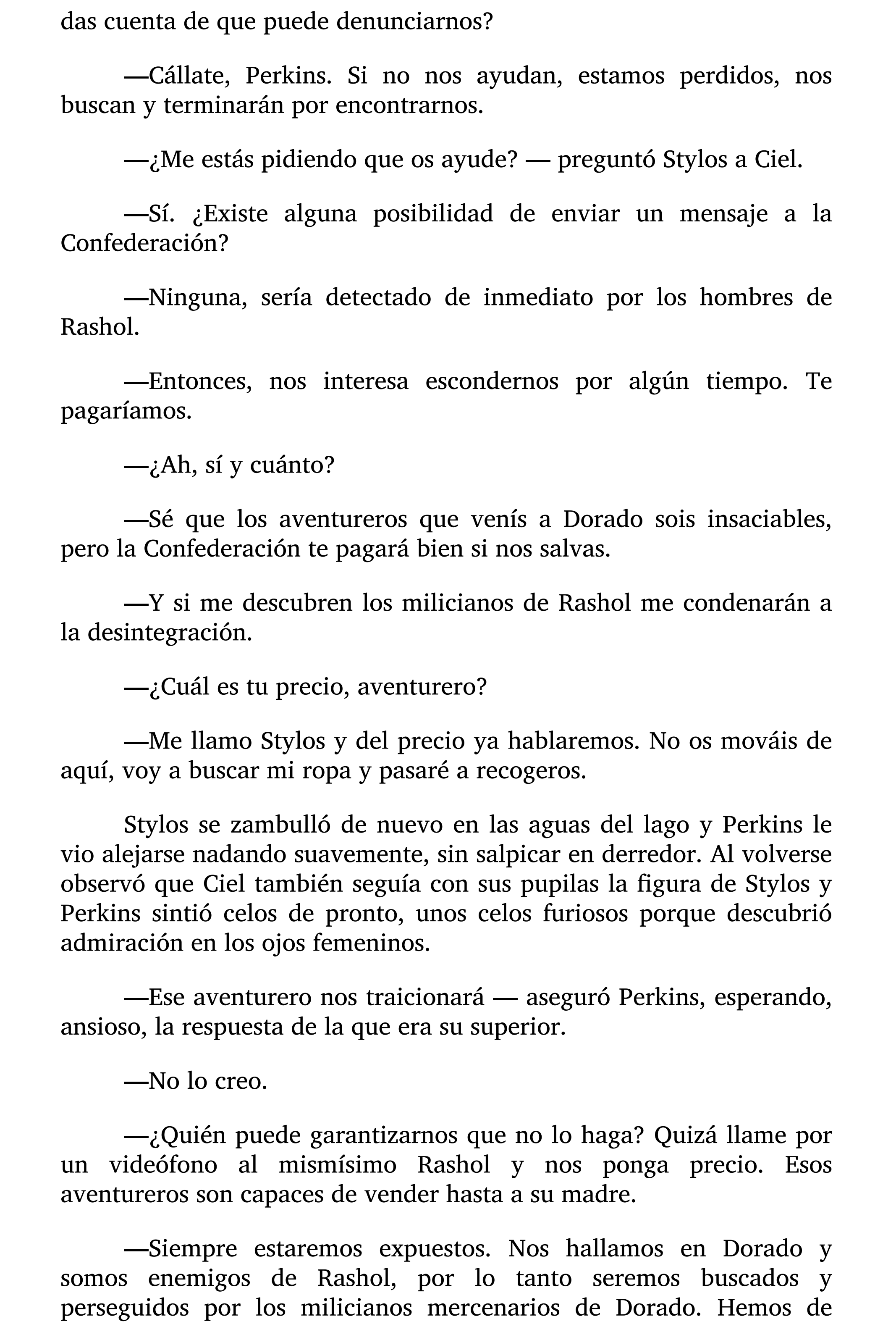
—¿Qué más da? ¿Puedes ayudarnos?

Stylos volvió su mirada hacia el lago.

—¿En qué habéis llegado hasta aquí? — preguntó.

—Hemos utilizado primero un vehículo de la milicia, pero como andaban buscándolo lo hemos abandonado y seguido huyendo a pie.

—¿Por qué se lo cuentas? — se quejó el muchacho —. ¿No te



das cuenta de que puede denunciarnos?

—Cállate, Perkins. Si no nos ayudan, estamos perdidos, nos buscan y terminarán por encontrarnos.

—¿Me estás pidiendo que os ayude? — preguntó Stylos a Ciel.

—Sí. ¿Existe alguna posibilidad de enviar un mensaje a la Confederación?

—Ninguna, sería detectado de inmediato por los hombres de Rashol.

—Entonces, nos interesa escondernos por algún tiempo. Te pagaríamos.

—¿Ah, sí y cuánto?

—Sé que los aventureros que venís a Dorado sois insaciables, pero la Confederación te pagará bien si nos salvas.

—Y si me descubren los milicianos de Rashol me condenarán a la desintegración.

—¿Cuál es tu precio, aventurero?

—Me llamo Stylos y del precio ya hablaremos. No os mováis de aquí, voy a buscar mi ropa y pasaré a recogeros.

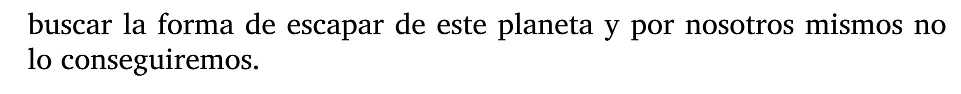
Stylos se zambulló de nuevo en las aguas del lago y Perkins le vio alejarse nadando suavemente, sin salpicar en derredor. Al volverse observó que Ciel también seguía con sus pupilas la figura de Stylos y Perkins sintió celos de pronto, unos celos furiosos porque descubrió admiración en los ojos femeninos.

—Ese aventurero nos traicionará — aseguró Perkins, esperando, ansioso, la respuesta de la que era su superior.

—No lo creo.

—¿Quién puede garantizarnos que no lo haga? Quizá llame por un videófono al mismísimo Rashol y nos ponga precio. Esos aventureros son capaces de vender hasta a su madre.

—Siempre estaremos expuestos. Nos hallamos en Dorado y somos enemigos de Rashol, por lo tanto seremos buscados y perseguidos por los milicianos mercenarios de Dorado. Hemos de


buscar la forma de escapar de este planeta y por nosotros mismos no lo conseguiremos.

—¿Acaso lo podrá lograr ese aventurero? — preguntó, despreciativo, refiriéndose a Stylos.

—No lo sé, pero me ha parecido un hombre que no se asusta de nada.

—Sí, ha tenido la osadía de presentarse desnudo como un sapo.

—Pues, por su figura, es lo menos parecido a un sapo. El ignoraba que nosotros estábamos aquí y si la ropa la tenía al otro lado…

—Yo no me fio de él — insistió Perkins, que no daba su brazo a torcer.

—Le vigilaremos atentamente, pero si hemos de intentar escapar, en alguien hemos de confiar.

—Puede que venga un escuadrón de la milicia de la Confederación a rescatarnos — observó Perkins.

—No sueñes. La milicia de la Confederación no va a meterse en una guerra abierta contra Rashol y sus milicianos, sin saber a ciencia cierta que estamos aquí. Si por lo menos pudiéramos enviar un mensaje.

—Ese tipo ha dicho que no se puede. Deben tener creado un campo ultramagnético de absorción de ondas radiales en torno al planeta por si algún espía de la Confederación se introduce aquí y trata de mandar mensajes.

—Se pueden enviar mensajes por telecomunicadores láser.

—Sí, pero para utilizar un telecomunicador láser, suponiendo que lo tuviéramos, deberíamos conocer la Situación exacta del receptor del mensaje, puesto que este tipo de telecomunicación siempre transmite en línea recta.

Ciel, junto a Perkins, en el planeta Dorado, se sentía perdida. No tenía ninguna posibilidad de escapar a la persecución de los hombres de Rashol, a menos que alguien les ayudara, y la aparición de Stylos era su única esperanza.

Stylos llegó a la orilla del lago junto al bungalow. Recogió sus ropas y se introdujo en la casa. Kania seguía dormida. Entonces se le ocurrió tomar un lápiz pintacejas y escribió sobre la pantalla de T.T.V.:

«HE SALIDO A DAR UNA VUELTA CON TU CARRO»

Abandonó el bungalow y tomando el deportivo atom-hover-craft de línea aerodinámica y motores silenciosos, lo puso en marcha. Rodeó el lago yendo en busca de Ciel y Perkins.

—Eh, ¿estáis ahí?

Ciel y Perkins aparecieron armados con las pistolas ultrasónicas que arrebataran a los milicianos.

—¿Este vehículo es tuyo? — preguntó Ciel.

—No, es de una amiga, luego se lo devolveré. Subid, nos vamos. Si habéis conseguido llegar hasta aquí a pie, seguro que los milicianos no tardarán en llegar hasta este lugar con sus felicánidos rastreadores.

Stylos estaba en lo cierto. No tuvieron que aguzar los oídos para poder escuchar los extraños aullidos de los felicánidos.

Subieron al carro deportivo. Stylos lo elevó del suelo graduando el colchón de aire y dio fuerza al motor impulsor, metiéndose entre la espesura, huyendo de las pistas donde los milicianos de Rashol podían haber establecido controles.

¿Adónde nos llevas? — preguntó Ciel.

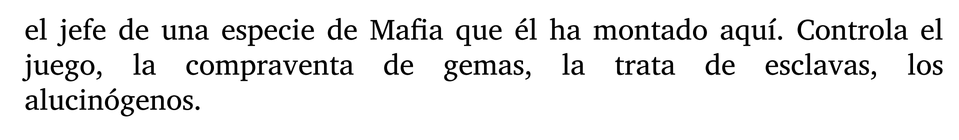
—Rentaré un nódulo-hábitat y allí podréis permanecer escondidos hasta que decidamos la forma de que escapéis o, por lo menos, que se olviden de vosotros.

—¿Tú no tienes un nódulo-hábitat propio? — preguntó Ciel.

—No, el bungalow que habéis visto es de una amiga que trabaja en el club de Nosos; bueno, tampoco sabéis quién es Nosos, ¿verdad?

—¿Tenemos obligación de saberlo? — preguntó Perkins, muy tenso.

—No, claro que no. Nosos es un tipo de cuidado, muy peligroso,


el jefe de una especie de Mafia que él ha montado aquí. Controla el juego, la compraventa de gemas, la trata de esclavas, los alucinógenos.

—Un personaje de cuidado — opinó Ciel —. ¿Trabajas para él?

—No, pero le vendí mi mina y antes de que pasen algunas semanas se va a poner muy furioso.

—¿Por qué? — interrogó Ciel.

—El cree que va a encontrar una fortuna en la mina que le he vendido y no va a sacar ni un galidólar de allí.

—¿Tú le has dicho que encontraría algo especial?

Ciel preguntaba, porque sentía el deseo de conversar con Stylos, lo que irritaba a Perkins que había tenido que acomodarse tras los asientos, encogiéndose sobre sí mismo para que su cabeza no asomara, quedando demasiado visible.

—No, ya le advertí que no encontraría nada, pero él se empeñó en comprar y todo porque le vendí un rubí convergente gigante.

—¿Un rubí gigante convergente y natural? — se asombró la mujer.

—Sí.

—Debe valer una fortuna.

—Sí, me han pagado doscientos de los grandes, por él.

—Vaya, nos hemos topado con un tipo rico. Con ese dinero ya no necesita trabajar en su vida — rezongó Perkins desde su incómodo asiento.

—Bueno, por la mina, que no vale nada, me han pagado un millón.

Ciel silbó y Perkins se puso pálido.

—¿De veras ese Nosos te ha pagado un millón y doscientos mil?

—Sí, Nosos tiene mucho dinero. A través de sus clubs y burdeles acaba quedándose con todo lo que los aventureros sacan de las minas o de las plantaciones de alucinógenos. Todos los que encuentran algo

valioso creen que se han enriquecido y van corriendo a la metrópoli. Se meten en un club de Nosos y van perdiendo lo que creían su fortuna. Además, Nosos controla el mercado, me refiero a los precios, y les paga muy por debajo de lo que debería de pagar pero, o se acepta o se come uno las piedras. Es una situación difícil.

—Este es un planeta, de ladrones — opinó Perkins.

—Muchachito, en eso llevas razón.

—No soy ningún muchachito, soy el telecomunicador de la Sirium-50 y sargento de la Milicia de la Confederación.

—Usted disculpe, sargento. No sabía que los escogieran tan jovencitos.

—Ya soy ingeniero y, en poco tiempo, pasaré a la academia de oficiales técnicos.

—Magnífico, magnífico, harás carrera, seguro que cuando seas mayor acabas como general. ¿Te puedo felicitar de antemano?

—¿Se está burlando de mí?

—Vamos, Perkins, no es para tanto — le reconvino Ciel.

Perkins, rechinando de dientes, furioso, se calló. Parecía absurdo, pero la aparición de Stylos le estaba molestando más que el enfrentamiento con el mismísimo Rashol.

Se había hecho la ilusión de salvar él solo a Ciel, su bellísima, comandante que ahora sólo parecía tener ojos para mirar a aquel desconocido aventurero que, de pronto, desnudo, como surgido del útero materno, había aparecido ante ellos.

CAPITULO V

—¡Estúpido! — fue el insulto surgido de entre los labios del comandante en jefe de la milicia mercenaria de Dorado.

No parecía un insulto muy grave, pero podía significar el inicio de una caída en desgracia cuyo final podía ser la desintegración, ya que las ordenanzas de la milicia mercenaria concretaban que el comandante en jefe tenía poder de vida y muerte sobre los milicianos, ya que a su jerarquía de comandante se unía la de juez inapelable.

—Los estamos buscando, comandante Rashol.

El mayor Virous había notado que le fallaba la voz ante los ojos chispeantes de aquel krowonita que era Rashol. El comandante en jefe de la milicia mercenaria no perdonaba los errores, no toleraba las derrotas.

—Quiero que se les encuentre y sean traídos a mi presencia.

—Así se hará, comandante Rashol.

—Antes de veinticuatro horas.

—Lo intentaremos, comandante Rashol.

—Si no lo consigues, tendremos que pensar en tu ineptitud, mayor Virous. Te confié a los prisioneros y han escapado.

—¿Quién iba a pensarlo? Los traspasé a...

Rashol no le dejó terminar.

—Te los confié a ti, mayor Virous, exclusivamente a ti. Tú eres el responsable. Si quieres castigar a algún subordinado tuyo, puedes hacerlo, pero yo te pediré cuentas a ti, es más, te las estoy exigiendo, de modo que repara pronto tu error.

—Hemos encontrado ya el vehículo robado.

—Pero sin Ciel y el chico dentro — concretó, sarcástico, el propio Rashol.

—A pie no pueden haberse alejado mucho de la zona.

—Eso espero, porque de lo contrario lo sentirás.

—Vamos a pasar sus fotografías por todas las cadenas de T.T.V. Podemos añadir una recompensa para quien dé una pista cierta para encontrarles.

—¿Una recompensa? — repitió Rashol, dubitativo.

—No podemos olvidar que la población civil de nuestro planeta Dorado es aventurera. Todos tienen mentalidad de ganar dinero por la vía rápida y les importa muy poco el prójimo.

—De acuerdo, ofrece diez mil galidólares.

—Es una cantidad sustanciosa — aprobó el mayor Virous, más tranquilizado por la ayuda que le ofrecía su comandante en jefe—. Excitará a los aventureros codiciosos y también hay muchos aventureros arruinados.

—Añade que son dos espías de la Confederación, peligrosos y armados, y que quien les proteja será considerado espía, también, y le será impuesta la pena de desintegración.

—Eso es magnífico, comandante Rashol — dijo, adulador, el mayor Virous—. Se ofrece un premio a quien colabore y también un castigo a quien ayude a los fugitivos.

—Empieza a moverte. Quiero resultados rápidos y los quiero vivos, porque parece que en la computadora de la Sirium-50 no estaba el plan de ruta, sólo debe estar en la mente de esa bellísima mujer. Ella sabe en qué lugar de qué planeta están escondidos los supergenios criogenizados, de modo que su cerebro lo quiero intacto.

El mayor Virous salió del amplísimo despacho de trabajo del comandante en jefe de la milicia mercenaria, jerarquía que equivalía a presidente del gobierno del planeta Dorado.

Se encendió una lucecita en su mesa de despacho. Rashol pulsó un botón y preguntó:

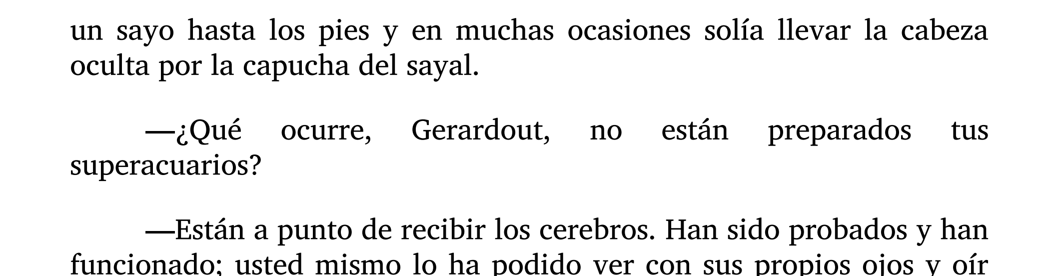
—¿Qué sucede?

—Comandante, acaba de llegar Gerardout.

—¿Gerardout? Que pase.

Por la misma puerta por la que acababa de desaparecer el mayor Virous penetró un extrañe personaje de ascendencia terrícola, aunque se intuía en él alguna mutación cromosómica.

Sus cabellos eran totalmente albinos, su piel sonrosada, y sus pupilas de un gris tan claro que semejaban blancas. Las protegía con un visor ahumado que le ocultaba los ojos. Llevaba luenga barba, bigote poblado y sus manos resultaban extremadamente largas. Vestía



un sayo hasta los pies y en muchas ocasiones solía llevar la cabeza oculta por la capucha del sayal.

—¿Qué ocurre, Gerardout, no están preparados tus superacuarios?

—Están a punto de recibir los cerebros. Han sido probados y han funcionado; usted mismo lo ha podido ver con sus propios ojos y oír con sus propios oídos.

—Es cierto, pero eran cerebros extraídos de seres vivos los que utilizamos para las pruebas.

—Esos supergenios de las cápsulas, si las fichas no mienten, también estaban vivos antes de ser criogenizados.

—¿Crees que sus células cerebrales pueden haber sufrido alguna alteración?

—No, no creo, pero no estaremos seguros por completo hasta que todo esté bien. Probaremos primero con uno de los supersabios criogenizados, es lo que he venido a decirle.

—¿Uno solo? Tenemos diez — objetó Rashol.

—Sí, pero si ocurre algún fallo, que siempre es posible, sólo perderíamos un cerebro y no diez. De esta forma, si surge algún error, podremos remediarlo antes de perder los diez cerebros.

—Creía que estabas seguro de tu sistema de superacuarios para cerebros.

—Y lo estoy, ya lo he probado. De lo que no estoy tan seguro es del estado de esos cerebros que me ha proporcionado.

—Está bien, probemos con uno.

—He estado repasando las fichas y he pensado que el mejor para empezar es un científico de biocibernética, se llama Walerkson y parece el menos importante del lote de diez.

—De acuerdo, si lo has escogido será el mejor. ¿Cuándo le extirparás el cerebro del cráneo y lo sumergirás dentro del acuario?

—Se está descriogenizando. Es una labor lenta. Una precipitación podría llevarnos al desastre, se inutilizarían las neuronas cerebrales. Ahora están a ciento noventa y seis grados bajo cero

dentro de las cápsulas y no se les puede extirpar el cerebro hasta que estén a menos de veinte grados Celsius; a esta temperatura, aún no tendrá noción alguna de que vive. Luego se hará el traslado a una cámara de climatización y cuando llegue a cero grados, se introducirá en el superacuario y se le efectuarán las conexiones adecuadas. Cuando despierte tendrá la sensación de que ha estado sumido en un largo sueño y no se dará cuenta de que su cerebro está desconectado del resto del cuerpo, que la voz no saldrá de su garganta sino de una bocina bioelectrónica conectada a un computador-ordenador.

—Y cuando ese cerebro se entere de cuál es su nuevo estado físico, ¿no sufrirá ningún trauma?

—No, ya lo tengo todo previsto. Le proporcionaré sensaciones placenteras para que se acomode a su situación y se encuentre a gusto, por eso es tan importante probar primero con uno.

—Está bien, está bien, pero quiero que este proyecto se acelere.

—La prisa es la enemiga de la investigación, comandante Rashol.

—¡Quiero resultados!

—Lo comprendo, pero esto no es una lucha entre dos naves en el espacio, es mucho más. Por ejemplo, la descriogenización del cerebro elegido se está haciendo a un grado por hora.

—¿A cuántos grados dices que están, dentro de las cápsulas?

—A ciento noventa y seis grados bajo cero.

—¿Quiere eso decir que habremos de esperar otras tantas horas?

—Sí, algo más de ocho días. Descriogenizarlo con más rapidez podría ser fatal para las delicadísimas neuronas.

—Gerardout, abusas de mi paciencia.

—Si cree que yo no soy el más competente para llevar a cabo este proyecto, búsquese a otro para que ocupe mi lugar.

—Está bien, está bien, pero cuando introduzcas el cerebro en el superacuario avísame, quiero estar presente.

—Así será, comandante Rashol. Sólo he venido para ponerle en antecedentes de cuál era el plan a seguir, para evitar todo fallo. La

muerte de un cerebro puede significar una gran pérdida, pero la destrucción de los diez por precipitación y errores sería fatal.

—Tienes razón, Gerardout, siempre tienes razón y eso hasta resulta molesto.

—He dejado en el laboratorio a mis ayudantes para que controlen el proceso de descriogenización y mientras, yo me tomaré un descanso, pero, la verdad, estoy muy mal en mi economía.

—¿Cuánto te hace falta?

—Lo que usted quiera otorgarme.

—¿Te bastarán cinco mil?

El extraño y albino Gerardout sonrió con su boca de finísimos labios, tan finos que semejaba no tenerlos.

—Sí, serán suficientes.

—Pásate por tesorería y que te entreguen una tarjeta de crédito; ya daré la orden desde aquí.

—Gracias, comandante Rashol, gracias.

Y dobló su cerviz aparatosamente.

Una hora más tarde, el extraño científico que era Gerardout, mezcla de misterioso monje y de científico puro, abandonaba la fortaleza de la milicia mercenaria de Dorado con la tarjeta de crédito en el bolsillo. Se detuvo con su vehículo en un Banco e hizo efectivos unos cientos de galidólares. Más tarde se dirigió al lujoso Club Diamond del mafioso Nosos.

Gerardout no estaba tan lejos de los placeres del mundo como pudiera pensarse por el sayal que vestía. Se adentró en el club sabiendo que nadie iba a molestarle porque él era un protegido de Rashol. Todos, en Dorado, sabían que era un científico que gozaba de la protección del comandante en jefe de la milicia mercenaria porque en varias ocasiones había salido por la pantalla de T.T.V. exponiendo avanzadísimas teorías.

Pasó entre las mesas y dio un vistazo a los tapices de juego. En una sala aparte estaban los juegos electrónicos o tragaperras, que Gerardout despreciaba. Había una cosa sobre las demás que le atraía

en el club de Nosos y esa cosa tenía un nombre concreto.

—Hola, Gerardout. ¿Buscando a Kania?

Quien acababa de interpelarle, forzando una sonrisa que no era habitual en los seres de su especie, era el mismísimo Nosos que había inclinado ligeramente su gran cabeza.

Gerardout pudo ver aquellos dientes triangulares que encajaban perfectamente unos en otros y también los grandes y redondos ojos en los que quedaba reflejado.

—¡Hola, Nosos! ¿Está por aquí la super-star?

—De un momento a otro hará su número, es el más esperado.

—Es una mujer muy bella.

—Y me figuro que tú desearías tenerla para ti solo, ¿verdad?

Bajo el visor ahumado que usaba, Gerardout sonrió, preguntando después:

—¿Sería eso posible?

—Nadie lo ha conseguido hasta ahora, claro que un protegido del comandante Rashol quizá pudiera lograrlo.

—¿Cómo?

—Con dinero se puede comprar todo.

—¿Hasta a Kania?

—Kania es una mujer acostumbrada al lujo, un juguete muy caro, pero yo podría arreglar las cosas.

— No sabía que tuviera la marca de las esclavas.

— No la tiene, es una ciudadana libre, pero ya te digo que todo se puede arreglar.

—¿Cómo?

—Verás, hay una plantación de hongos alucinógenos junto a Río Celeste.

—Esa plantación no es mía.

—Lo sé, lo sé. He oído rumores de que ha sido confiscada, y si tú pudieras apoderarte de ella, luego me la pasabas a mí y yo te entregaba a Kania a cambio.

—¿Y ella aceptaría?

—Kania hará lo que yo le ordene.

—Eso pueden ser sólo palabras.

—Habrán hechos cuando tú tengas la posibilidad de hacer un trueque: La plantación por Kania.

—Tengo muchas posibilidades, ahora, de conseguir cosas de Rashol.

—¿Algún asunto importante?

—Sí, muy importante.

Le pasó por delante de la nariz su tarjeta de crédito, sin permitirle ver los números.

—Entonces, no habrá problemas. Rashol quiere poder y tú eres un hombre muy inteligente que le ayudará a obtenerlo.

—Es posible, pero antes de hacer nada quisiera saber si el trueque es posible y si me conviene.

—Ya, primero quieres probar la mercancía.

—Exacto.

—Ven, ven.

Le cogió por el hombro amistosamente y le condujo a una mesa reservada junto a la pista donde actuaban en aquellos momentos unas muchachas slowitas que para el gusto estético de los terrícolas podían resultar monstruosas, más para los slowitas que frecuentaban el local resultaban muy hermosas y sensuales mientras una orquestina de músicos de distintas civilizaciones tocaban instrumentos electrónicos para acompañar a las danzarinas.

—Quédate aquí y bebe lo que quieras por cuenta de la casa.

—Gracias.

—Voy a hablar con Kania.

Nosos abandonó la sala y se dirigió a los camerinos ubicados en el subsuelo. Fue directamente al de la su per-star y abrió la puerta, sin llamar. Frente a un gran espejo se hallaba la bellísima terrícola, acicalándose con pinceles que realzaban sus bellezas, los pezones de sus pechos, los párpados, los labios.

—Podías llamar antes, ¿no? — se quejó ella, al verle reflejado en el espejo.

— Te toca actuar en seguida.

— Ya lo sé.

Kania estaba de mal humor y Nosos ya lo había notado.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—Está bien, las mujeres terrícolas sois muy raras.

—Estoy de malhumor, simplemente — suavizó ella, yendo hacia el biombo para coger una gran capa roja y negra que se puso sobre los hombros, tan desnudos como el resto del cuerpo.

—Verás, Kania, te voy a pedir un favor; ya sabes que no suelo hacerlo.

—¿Un favor?

—Sí.

—¿Qué clase de favor?

—Cerca dé la pista descubrirás a un tipo albino con protectores oculares oscuros. Es un terrícola como tú, viste un sayal y tiene el cabello blanco, pero no es viejo.

—Ya, es Gerardout — afirmó más que preguntó Kania.

—El mismo. Vas a danzar especialmente para él.

—¿Piensas sacarle el hígado?

—Más que eso.

—¿Será suficiente con excitarle?

—No.

Ella parpadeó; suspicaz, preguntó:

—¿Qué vas a pedirme?

—Cuando termines tu actuación alternarás con él y luego...

—¿Qué?

—Te lo llevarás.

—¿Adonde? — El malhumor de Kania aumentaba por momentos.

—A tu bungalow, por ejemplo, a la orilla del lago. Es un buen lugar.

—¿Estás pidiéndome que me ponga en sus manos?

—Sí. Ese Gerardout te desea con locura como diríais los terrícolas.

—Lo sé, ya me lo dijo en otra ocasión.

—¿Y le hiciste caso?

—No, claro que no. Todos los terrícolas me desean.

—Tú no eres ninguna mojigata; por ejemplo, te has acostado con Stylos.

—¿Me vigilas?

—Todo se sabe.

—Stylos me gusta, lo deseo yo a él.

—Stylos acude a ti para divertirse y nada más. Ese aventurero es muy ambicioso y no se aparejará contigo.

—Ni yo lo pretendo.

—Bien, muy bien. Esta noche harás feliz a Gerar dout, tan feliz,

que llegue a pensar que no hay nada en toda la Galaxia que pueda hacerle gozar más que estar acostado contigo, recibiendo tus caricias.

—¿Y si no quiero?

—No serás tan tonta. Eres muy hermosa y danzas muy bien, Kania, eres extremadamente sensual para los terrícolas, pero también estás muy vista, te has prodigado demasiado.

—¿Cómo te atreves a decirme eso?

—Es la verdad. No querrás que te mande a alguna colonia minera, ¿eh?

Kania iba a replicar airadamente, pero al mirar los ojos redondos y grandes del slowita Nosos tuvo miedo. Ella sabía que él era capaz de devorar a alguien, en un banquete, sin ninguna preocupación moral.

Incluso, podía permitirse la crueldad de írsela comiendo poco a poco. En una ocasión le había advertido que si le desobedecía la haría sujetar a una camilla y le iría cortando un día una pierna, cauterizando las heridas para que no muriera desangrada. Otro día, la segunda pierna y así sucesivamente. Delante de ella, viéndolo Kania con sus propios ojos, iría devorando sus miembros uno a uno, pedazo a pedazo, hasta que su cuerpo desapareciera, y nadie lo podría impedir.

Kania le suponía muy capaz de cumplir una amenaza tan terrible como cruel, el slowita era un carnicero, por ello se contuvo.

—Está bien, veré qué puedo hacer con ese Gerardout.

—Mímalo y dale lo que pida. Gerardout tiene mucha influencia con Rashol, mímalo y saldrás ganando.

—¿Y qué recibiré yo por entregarme a ese sujeto?

—Ya pensaré en un buen regalo para ti.

Kania dedujo que era preferible no preguntar más ni pedir nada. Había sido una ingenua al llegar a creer que, entrando a trabajar en el club de Nosos, sería una mujer independiente que haría lo que le viniese en gana.

No era una esclava de burdel pero, casi casi, y así lo entendió y

aceptó a regañadientes, aunque se dijo que algún día se vengaría de aquel monstruoso slowita que la obligaba a prostituirse.

—Está bien, Gerardout quedará satisfecho.

—No esperaba menos de ti, Kania. Estaba seguro de que serías comprensiva.

Nosos abandonó el camerino y el cristal del espejo recibió el impacto de un frasco de crema que rebotó, ya que el cristal era irrompible.

Kania salió a la pista y comenzó a danzar como sólo ella sabía hacerlo. Todo su cuerpo ondulaba como si careciera de huesos. Su belleza era extremadamente sensual, su piel bien cuidada, su desnudez vistosa y atrayente. Sus largos cabellos eran de tonalidad verdosa, lo mismo que el vello del pubis y sus pechos, redondos y turgentes, eran una auténtica tentación.

Sus movimientos secaban los paladares de los terrícolas y de algunos krowonitas; no ocurría lo mismo con los slowitas que se quedaban tan tranquilos porque aquella belleza femenina no era la que a ellos les seducía ni impresionaba.

Kania no tardó en descubrir al enigmático Gerardout.

Kania sabía bien cómo seducir a los hombres que la deseaban, sabía cómo dejarlos en suspenso, secarles la garganta y dirigir sus ansiosas miradas a los lugares concretos de su anatomía que ella deseaba; sin embargo, resultaba difícil saber hacia dónde miraba Gerardout cuyos ojos quedaban ocultos tras el oscuro protector ocular.

Cuando hubo terminado su show, descendió de la pista. Iba a acercarse a Gerardout cuando Stylos apareció entre las mesas. Llegaba sonriente. Kania se encaró con él y furiosa le espetó:

—¡Canalla!

—Disculpa, he tenido que tomar prestado tu carro, pero ya te lo he dejado ahí afuera. Ahora tengo dinero y voy a comprarme un modelo como el tuyo, sólo deseaba probarlo.

La boca de Gerardout se torció. La aparición de Stylos y la atención que Kania le dedicaba le molestó profundamente.

—Podías haberme avisado.

—Como te vi dormida... En fin, quería un modelo similar. Lo tienes afuera, en el estacionamiento.

Kania intentó retenerle, pero Stylos se le escapó de entre las manos, dejándola junto a Gerardout que masculló unas palabras que Stylos tuvo tiempo de oír.

—Deberás dejar de prestar atención a ese aventurero.

A la boca de Kania acudió una réplica rabiosa contra Gerardout, mas se la tragó.

Stylos ya se había perdido de vista y tenía que quedarse con aquel tipo tan especial, protegido de Rashol, y al que Nosos pretendía dejar contento a su costa.

CAPITULO VI

Stylos se había desprendido de su vehículo, muy maltratado por haberlo utilizado en los peores lugares del planeta Dorado; también del carguero y de los dos androides de carga, ya que no pensaba excavar más en minas.

Con un vehículo ligero de cuatro plazas, se dirigió a la salida de la gran avenida Diagonal que cruzaba la capital de Dorado. Era de noche y pudo ver encendida la gran pantalla gigante de T.T.V. colocada sobre la avenida, una pantalla de ochenta por veinte metros, es decir, mil seiscientos metros cuadrados que por orden de Rashol permanecía encendida en la noche durante las horas de emisión de T.T.V.

Aquella pantalla gigante estaba sobre la propia avenida, a treinta metros del suelo; por debajo de ella circulaban los vehículos que se desplazaban sobre colchón de aire, sin tocar el suelo.

En la gran pantalla, a color y tridimensional, Stylos pudo ver los rostros de Ciel y del joven Perkins, no había ninguna posibilidad de confusión. Las imágenes tenían movimiento y se les veía en distintos

ángulos para poder ser reconocidos sin dificultad al tiempo que en la franja inferior aparecían unas letras que una voz en off leía, por si alguien no se entretenía en leerlas.

—Se busca a estos dos espías de la Confederación Galáctica. Son peligrosos y van armados, se desea capturarlos vivos. Quien dé una pista cierta para su captura será recompensado con diez mil galidólares. Por contra, quien los oculte, será cómplice de espionaje y sentenciado a la pena de desintegración. Sentenciado a pena de desintegración, sentenciado a pena de desintegración— repitió, insistente, la voz en off.

Stylos, que se había acercado a la acera, deteniéndose para mejor contemplar el anuncio del gabinete de prensa de la comandancia de la milicia mercenaria en Dorado, silbó de admiración.

Reanudó la marcha, pasando por debajo de la pantalla donde seguían moviéndose repetidamente las imágenes de Ciel y de Perkins para que nadie pudiera olvidarlas y fueran reconocidos nada más verlos.

Se dirigió al área residencial donde existían nódulos- hábitat independientes, de aspecto semiesférico y fachadas blancas, destacando en la noche gracias a las luces de las farolas que los rodeaban.

Introdujo el vehículo en el parking subterráneo de uno de ellos y la puerta se cerró automáticamente. Por un silencioso ascensor subió al nódulo-hábitat que tenía las ventanas cerradas y semejaba deshabitado. Dentro encontró a Ciel y a Perkins frente a una mesita, mirando la pantalla de T.T.V. que ocupaba gran parte de una de las paredes.

—¡Hola! ¿Ya os habéis visto bien?

Ciel y Perkins se volvieron hacia Stylos que acababa de sorprenderles con su silenciosa entrada.

—Creo que no escaparemos; será mejor que nos abandones en alguna parte.

—¿Por qué? — preguntó Stylos sentándose junto a la mujer y tomando popcorn bañado en miel, de un plato que tenían delante Ciel y Perkins.

—Si te cogen con nosotros, ya sabes cuál será tu sentencia.

Perkins, deseoso de meterse con Stylos, añadió:

—Y si nos denuncia para que nos atrapen aquí, le pagarán diez mil galidólares, una fortuna, y hasta es posible que le concedan una medalla al heroísmo.

—Por favor, Perkins — atajó Ciel.

—No temas, muchachito, ya tengo suficiente dinero para hacerme con una plantación aquí en Dorado o en otro planeta; no me viene de diez mil galidólares.

—Estamos en sus manos y eso no me gusta nada.

—¿Y qué podemos hacer? — preguntó Ciel, mirando a Perkins —. Si salimos a la calle nos capturan de inmediato y no podemos escapar de Dorado sin una buena nave espacial.

—¿Y qué haremos aquí, encerrados? — preguntó Perkins, dispuesto a poner objeciones.

—De momento, evitar que seáis capturados — respondió Stylos —. Vuestros rostros han sido generosamente difundidos por todo Dorado; no creo que haya nadie que no os pueda identificar al veros. Hay una pantalla gigante en la avenida Diagonal y que se puede ver desde toda la City, en la que estáis apareciendo constantemente como en este aparato que tenéis aquí, está en el mismo canal.

—Entonces, estamos perdidos — suspiró Ciel, resignándose.

—Lucharemos hasta el fin — gruñó Perkins, dispuesto a morir como un héroe.

—Bueno, todavía no os han descubierto, aunque por las calles hay movimientos y controles de la milicia mercenaria, controles que es posible que se incrementen. Ahora bien, lo que yo me pregunto es ¿por qué sois tan importantes para que Rashol haya ofrecido una recompensa por vuestra captura?

—¿Qué pretendes saber? — mascculló Perkins.

—Todo.

Ciel le miró a los ojos. Stylos le sostuvo la mirada y luego, ella desvió sus ojos pardo rojizos hacia la pantalla de T.T.V. que había

cambiado su programación.

—Si lo saben ya nuestros enemigos, no veo por qué debamos ocultarte a ti el problema.

—¿Se lo vas a decir? — se irritó Perkins.

—Sí, ya no hay motivos para callar.

—Escucho — dijo Stylos.

—Antes, ¿puedes decirnos por qué nos estás ayudando con riesgo de tu vida y rechazando esa recompensa que podrías ganar? — preguntó Ciel.

—Simplemente, porque Rashol me revienta. Dorado podría ser mucho mejor gobernado por un Congreso y afiliado a la Confederación Galáctica. Rashol sólo pretende que este enfrentamiento con la Confederación termine en una guerra espacial sin precedentes, donde millones de seres de distintas civilizaciones morirán e incluso planetas enteros serán desintegrados. No, no me gusta Rashol, es un megalómano sumamente peligroso. Si pudiera eliminarlo, lo haría sin remordimientos; creo que eso salvaría a millones de seres.

—¿Serías capaz de convertirte en su verdugo? — se asombró la bellísima Ciel.

—La palabra verdugo no me gusta; ejecutor, en un caso tan excepcional como éste, quizá, pese a que yo no creo en la pena de muerte. Parecerá una contradicción, pero el caso de Rashol es especial.

—Entonces, ¿no dudarías en matar, pese a estar en contra de la pena de muerte?

—Preferiría que Rashol fuera encerrado en un psiquiátrico o confinado en un planetoide inaccesible; pero habiendo el peligro de muerte de millones de seres, creo que no dudaría en eliminarle si estuviera en mi mano, lo cual es imposible, porque yo sólo soy un aventurero y Rashol tiene a toda una milicia espacial bajo sus órdenes.

—Si le matases, demostrarías ser partidario de la pena de muerte y en la Confederación está abolida. Sólo existe la pena de desintegración aquí en Dorado, bajo este régimen miliciano.

—Es cierto, sólo existe, aquí, la pena de desintegración y los métodos de tortura. Verás, pienso que pena de muerte es lo que se impone a un asesino que ha cometido crímenes; algo muy distinto es luchar y terminar en muerte para evitar que el crimen se cometa. Si Rashol consiguiera exterminar a millones de seres y luego se le capturara, yo pediría para él la reclusión perpetua o el psiquiatra, depende de lo que dictaminaran los médicos, pero si hay que cargárselo antes de que logre cometer los crímenes, entonces es válido.

—Stylos, creo que me has convencido — manifestó Ciel.

—¿Ya ti? — le preguntó a Perkins.

El joven se encogió de hombros sin responder y siguió comiendo pop-corns mojadas en miel de las abejas gigantes de Dorado, unas abejas peligrosísimas en razón a su tamaño.

Ciel decidió contárselo todo a Stylos; no en vano él se había puesto de su lado, corriendo incluso el riesgo de muerte.

—Viajábamos por el espacio muy lejos de Dorado, sin acercarnos a su espacio jurisdiccional, cuando fuimos abordados por naves rémora.

—¿Entraron en vuestra nave los mercenarios y os capturaron?

—Así es. Nosotros no teníamos misión de combate, ni siquiera de espionaje; éramos un transporte de larga distancia.

—¿Una Sirium-50?

—Exacto.

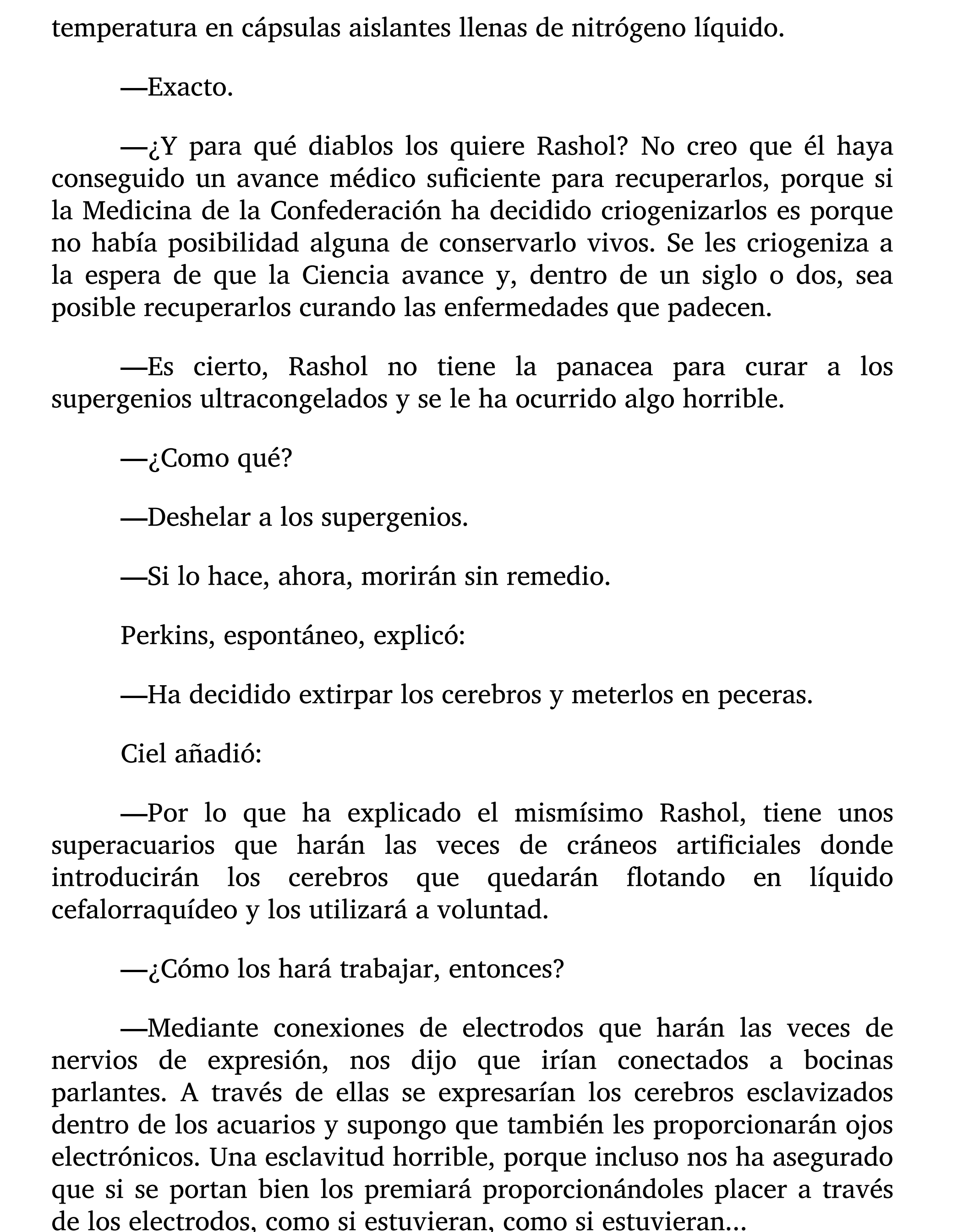
—Conozco bien esa clase de naves. Sigue: ¿por qué era tan importante abordaros y capturaros?

—Por la carga que transportábamos.

—Sería muy valiosa.

—Lo era. Transportábamos a diez supergenios criogenizados.

—Ya, hombres criogenizados minutos antes de morir, para que sus cerebros no sufrieran perjuicios y, luego, introducidos a bajísima



temperatura en cápsulas aislantes llenas de nitrógeno líquido.

—Exacto.

—¿Y para qué diablos los quiere Rashol? No creo que él haya conseguido un avance médico suficiente para recuperarlos, porque si la Medicina de la Confederación ha decidido criogenizarlos es porque no había posibilidad alguna de conservarlo vivos. Se les criogeniza a la espera de que la Ciencia avance y, dentro de un siglo o dos, sea posible recuperarlos curando las enfermedades que padecen.

—Es cierto, Rashol no tiene la panacea para curar a los supergenios ultracongelados y se le ha ocurrido algo horrible.

—¿Como qué?

—Deshelar a los supergenios.

—Si lo hace, ahora, morirán sin remedio.

Perkins, espontáneo, explicó:

—Ha decidido extirpar los cerebros y meterlos en peceras.

Ciel añadió:

—Por lo que ha explicado el mismísimo Rashol, tiene unos superacuarios que harán las veces de cráneos artificiales donde introducirán los cerebros que quedarán flotando en líquido cefalorraquídeo y los utilizará a voluntad.

—¿Cómo los hará trabajar, entonces?

—Mediante conexiones de electrodos que harán las veces de nervios de expresión, nos dijo que irían conectados a bocinas parlantes. A través de ellas se expresarían los cerebros esclavizados dentro de los acuarios y supongo que también les proporcionarán ojos electrónicos. Una esclavitud horrible, porque incluso nos ha asegurado que si se portan bien los premiará proporcionándoles placer a través de los electrodos, como si estuvieran, como si estuvieran...

—Haciendo el amor — completó Perkins.

Stylos asintió:

—Comprendo.

—Por el contrario, si no obedecen — continuó Ciel —, los cerebros serán sometidos a dolorosísimas torturas. Aunque carezcan de cuerpo, tendrán las sensaciones como si se estuvieran quemando o desollando vivos.

—Entiendo. Si se apodera de esos supergenios criogenizados, sometiéndolos a su voluntad, podrá conocer todos los secretos científicos, tecnológicos y de bases secretas de la Confederación Galáctica.

—Es precisamente lo que pretende.

—Entonces, la Confederación corre un grave peligro con el secuestro inesperado de esos genios — se lamentó Stylos.

Perkins apoyó la cabeza entre sus manos y dijo, entonces:

—No se había previsto este riesgo. Se temía que los milicianos de Rashol pudieran destruir a estos supergenios para que jamás pudieran ser devueltos a la vida en el futuro, cuando la Medicina estuviera más avanzada, pero a nadie se le ocurrió pensar que Rashol trataría de extirpar los cerebros despreciando el resto de los cuerpos y sometiéndolos a una esclavitud de interrogatorios, sin defensa alguna, porque según el maldito Rashol, antes les practicarían una pequeña intervención cerebral para anular su voluntad de resistencia.

—Esto sólo puede ser obra de un tipo.

Ciel y Perkins se quedaron mirando a Stylos; fue la joven quien preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Que eso de extirpar los cerebros y meterlos en acuarios para someterlos y dominarlos completamente, sólo se le puede haber ocurrido a un científico de Rashol.

—Naturalmente, ¿quién lo haría, si no? — le dijo Perkins.

—Lo que yo trato de decir es que creo conocer al tipo capaz de llevarlo a cabo.

—¿Al científico? — inquirió Ciel.

—Sí.

—¿Le conoces personalmente?

—Si es el que supongo, sí. Se llama Gerardout y se rodea de una mezcla de misterio y aureola enigmática al tiempo que habla en términos científicos. En realidad es un seguidor de antiquísimas prácticas de los herméticos y alquimistas del planeta Tierra. Es un tipo inteligente pero también peligroso; goza del favor de Rashol y todos en Dorado lo sabernos. Ha salido muchas veces por las pantallas de T.T.V. exponiendo temas científicos o de enigmas insolubles.

—Estará muy protegido — opinó Ciel.

—No creas, le he visto hace un rato en el club de Nosos. Por cierto, que se me acaba de ocurrir una idea...

El rostro de Ciel se iluminó, como captando el plan que estaba pensado Stylos antes de que lo expresara con palabras.

—¿Sería posible lo que estás pensando? — preguntó, ansiosa.

—Se podría intentar.

Perkins, molesto por la forma tan rápida con que se entendían Stylos y Ciel, sin emplear demasiadas explicaciones, farfulló:

—¿Se puede saber de qué estáis hablando?

Sin explicar a Perkins lo que se le había ocurrido,

Stylos se puso en pie y dijo decidido:

—Vuelvo a salir.

—Te acompañamos — le dijo Ciel resuelta.

—No, no puede ser, correríais demasiados riesgos.

Hay controles en las calles y muchos ojos ávidos de ganar los diez mil galidólares de recompensa; éste es un planeta de aventureros.

—Saldremos lo mismo — insistió Ciel.

—Es un riesgo innecesario, podéis esperar aquí.

—Si la comandante Ciel dice que salimos, saldremos— dijo Perkins.

—Está bien, ya que os empeñáis, vamos.

—Llevaremos las armas y si hay que luchar, lucharemos— advirtió el muchacho, decidido.

Los tres se ciñeron sus respectivos cinturones en los que portaban las armas ultrasónicas y abandonaron el hábitat en busca del atom-hover-craft recién adquirido. Stylos abrió la tapa del portaequipajes y dijo:

—Meteos dentro; aquí no os descubrirán.

Perkins se introdujo en el maletero y aguardó a que Ciel se colocara a su lado, pero la mujer cerró la cajuela, dejando sólo a Perkins que, sorprendido, no tuvo tiempo de protestar.

—Yo viajaré a tu lado. Si oculto mi cabello bajo un casco será difícil que me reconozcan. Además, buscan a una mujer que viaja acompañada de un joven adolescente, no con un hombre como tú.

—De acuerdo. Procura torcer el gesto o cambiar la cara si nos detienen en algún control.

Ciel se colocó el yelmo y se quitó la guerrera de la milicia de la Confederación, apareciendo cubierta por una camisa abierta y muy escotada, con la exuberancia de sus senos casi a la vista.

—Pareces distinta — opinó Stylos.

—¿Qué te sucede? Parece como si no hubieras visto nunca a una mujer.

Stylos se inclinó hacia ella y con la voz algo más ronca, dijo:

—Sí las he visto, pero tú eres algo especial.

Le abrió la camisa y ella no se opuso a que el hombre contemplara golosamente sus senos y terminara acariciándoselos.

Stylos levantó la mirilla transparente que le protegía la cara y la besó en los labios mientras Ciel se estremecía, dando a entender que era muy sensible a las caricias de Stylos que no era torpe ni novato en el arte del amor. Mas, unos golpes que provenían del maletero interrumpió aquel escarceo amoroso.

—No tan aprisa, Stylos, no tan aprisa— pidió la mujer.

—¿Por qué no? Quizá mañana ya no estemos vivos. Rashol no perdona y si nos descubren...

—Estoy segura de que tendremos una mejor ocasión.

—¿Mejor para gozar completamente? — preguntó el hombre.

Ciel bajó la mirilla ocultando su rostro mientras se abrochaba la camisa. No quiso responder mientras Perkins continuaba golpeando, corno preguntando por qué no se ponían ya en marcha. Dejó de golpear al notar la aceleración del vehículo sport que salió del garaje que luego se cerró automáticamente.

CAPITULO VII

Gerardout había bebido, aunque no en exceso. Era un sujeto que se controlaba, pero que tenía su punto débil, su talón de Aquiles, y éste era la belleza femenina terrícola. Y para él, Kania representaba el summum de esta belleza.

La había visto infinidad de veces, lo mismo en directo que en las pantallas de T.T.V. Sabía que, si no todos, la mayoría de los terrícolas la deseaban y tampoco era tan tonto como para no suponer que ella ya había yacido con algunos.

Gerardout prefirió viajar en el carro de Kania, conducido por la propia joven. Le producía un gran placer que la superestar le llevara, en su propio vehículo, al bungalow.

—Tú y yo vamos a comprendernos muy bien — musitó el albino Gerardout mientras le pasaba la mano por las piernas.

La chica aguantó, forzando una sonrisa de circunstancias.

Era consciente de que no era lo mismo su escapada con Stylos que lo que iba a hacer con Gerardout. Esto último, lo mirase como lo mirase, era una prostitución impuesta por el ambicioso Nosos. Pensó

que cuando llegara ai bungalow se tomaría unos alucinógenos y así escaparía a la situación tal como era en realidad y, después de todo, Gerardout quedaría igualmente satisfecho.

—Cuidado, luces de controles de seguridad — advirtió Gerardout.

Kania deceleró y conectó una luz azul centelleante, indicando que cumplía la orden de control y se detenía. Cuando lo hubo hecho, cuatro milicianos les rodearon con sus armas. El oficial del grupo se les acercó.

—Buenas noches.

—Vamos, déjenos paso — gruñó Gerardout —. ¿Es que no sabe quién soy yo?

—Disculpe, Gerardout — se apresuró a decir el oficial que comandaba el control del vial, lanzando una ojeada a la bellísima Kania y a sus piernas, completamente desnudas, que antes había estado acariciando Gerardout, como aperitivo de lo que esperaba conseguir después.

Su impaciencia le había empujado a separar la tela, de la piel suave y perfumada de la mujer.

—Dejadlos pasar — ordenó el oficial,

Kania, complaciéndose en que los milicianos la desearan, no tuvo prisa en acelerar. Al fin, se alejó.

—Eres una gata caliente — masculló Gerardout.

—¿Vas a insultarme o debo tomarlo como un halago?

—Te divierte provocar, excitar a los terrícolas. Te gusta que te deseen, que te violen en sus mentes puestas en ebullición.

Ella soltó una breve carcajada.

Sí, me gusta, me gusta. Soy hermosa, no tengo por qué desmentirlo y no me molesta que cada uno de los que me miran sueñe que yace conmigo.

—¿Y tú yaces con ellos o siempre contigo misma?

—Depende.

—Con Stylos sí, ¿verdad?

—El es un tipo excepcional.

—¿Y qué tiene de excepcional ese aventurero?

—Es un buen piloto espacial, tiene amistades; es arrogante, valiente, peleón a veces y, además, ahora es rico.

—Yo también tengo poder.

—El tiene más de un millón de galidólares.

—Yo puedo tenerlos, pero hay una cosa muy distinta entre ese engreído de Stylos y yo.

—Hay muchas diferencias — comentó ella, irónica.

—Hay una fundamental.

—¿Y cuál es la diferencia que te preocupa?

—Él no te retendría para siempre a su lado, y yo sí.

—Pues ya ves, aun amando a Stylos, en eso también lo prefiero a él. No dejo de ser una mujer inconstante y a veces me gusta variar.

Al paladar de Gerardout se pegó un furioso insulto que no llegó a soltar. Ya tendría tiempo cuando Kania fuera totalmente suya y la tuviera dominada. Gerardout no dejaba de ser un poco sádico y él era consciente de ello. Se daba cuenta de que si Kania llegaba a ser totalmente suya, en más de una ocasión la haría sufrir a puñetazos o a latigazos para excitarse él mismo y complacer su sadismo; mas, era preferible no decírselo por el momento, pues, obviamente, ella no era masoquista si tan enamorada estaba de su cuerpo, de su belleza.

Nada más rebasar las lindes de la propiedad del bun galow, se encendieron automáticamente las luces. Kania detuvo el vehículo y, suspirando, dijo:

—Hemos llegado. ¿Te parece un lugar bonito?

—Supongo que el lago, los jardines de tu bungalow, todo es muy hermoso, pero a mí me interesas tú especialmente.

—Entonces, vamos.

Se internaron en la casa. Todo se encendía o apagaba automáticamente, nada más cruzar los umbrales de las puertas.

—¿Quieres comer algo?

—¿Comer, ahora? No, ahora no, luego quizá.

A Kania, el luego le hizo daño por dentro.

—¿Beber sí?

—Bueno, algo.

La joven se acercó a un pequeño bar y preparó sendas copas en las que vertió un líquido burbujeante y que dejaba escapar un vaho blanco que no inspiraba calor sino frío.

También sacó dos frasquitos, de uno de los cuales vertió parte en una de las copas y del otro, en la copa opuesta, de modo que el contenido de cada una de ellas era distinto. En una había añadido un alcaloide alucinógeno en estado puro que se extraía de unos honguillos especiales que se cultivaban en el planeta Dorado.

Era un afrodisíaco de alta intensidad que arrancaba del cerebro todo tipo de inhibiciones y hacía desaparecer los problemas, tergiversando la realidad, y ponía el sexo delante de cualquier otro pensamiento.

En la segunda copa vertió un somnífero retardado que llevaba incluido un pequeño tanto por ciento de alucinógeno, de forma que quien lo tomaba se dormía y luego tenía sueños eróticos, como si los estuviera viviendo en la realidad, mas no molestaba a nadie.

Con las dos copas en la mano, se acercó a Gerardout y le ofreció la copa con el somnífero. Lo había planeado para que la sesión durase poco y Gerardout quedara satisfecho. Cuando despertara al día siguiente no sabría bien dónde terminaba la realidad y dónde empezaba la fantasía.

Gerardout se despojó del protector ocular ahumado y aparecieron sus pupilas gris claro, casi blancas. Sonrió, mostrando sus dientes afilados.

—No.

—¿No qué?

El hombre cambió la posición de las manos de Kania.

—Tú bebes esta copa y yo la otra y procura no derramar una sola gota.

—¿Supones que te he preparado algo?

—Kania, no soy un niño y tampoco un estúpido. Bebamos.

—Bueno, bebamos — aceptó.

Ambos bebieron.

Gerardout no tardó en notar los efectos del afrodisíaco y sus facciones se fueron desencajando mientras la velocidad de su sangre aumentaba y en el interior de su mente comenzaban a centellear colores y notas musicales, entremezclándose incluso, mientras veía a Kania más deseable que nunca, una Kania que comenzó a suspirar y casi a bostezar mientras ondulaba sus hombros.

Gerardout se le acercó y comenzó a besarla apasionadamente. Kania intentó quitárselo de encima, pero el hombre ya estaba encendido del todo. Sólo tenía uno idea fija: Hacer suya a la espléndida Kania.

—Espera, espero un poco — pidió ella —, no tan aprisa.

Gerardout le rasgó la ropa, desnudándola, y la empujó sobre el blando suelo. Kania ya no tenía defensas; el somnífero que se había tomado comenzaba a funcionar.

Mientras, el vehículo de Stylos llegaba a la altura del control de los milicianos. Puso la luz azul parpadeante y se acercó a ellos.

—¿Su placa de identificación?

Stylos la mostró, apresurándose a decir:

—Me esperan para una fiesta que da Gerardout. Es por aquí, ¿verdad?

—¿Gerardout? ¡Ah, sí, es por aquí, ya ha pasado!

—asintió el oficial, saludando.

Pasaron sin que apenas se fijaran en Ciel, la cual suspiró cuando dejaron atrás el control.

—Tenía miedo de que me descubrieran.

—Gerardout es un nombre que abre muchas puertas y se han creído que vamos a su fiesta. Cuando he preguntado en el club y me han dicho que se había marchado con Kania, ya he supuesto adonde iban.

—Kania es una, una...

—No, pero sí, o sí, pero no... Es una superestar y, ya se sabe, hay ocasiones en que yace por placer y otras por obligación. Cuando se provoca a tantos hombres como ella hace, incluso a través de las pantallas de T.T.V., es lógico que muchos la deseen y alguno consigue satisfacer su capricho.

—Como tú, ¿verdad?

—¿Te preocuparía?

—¿Por qué habría de preocuparme?

Stylos, que sabía bien dónde estaba el bungalow de Kania, no rebasó sus lindes con el vehículo, que escondió entre unos setos Saltó al suelo, dio la vuelta y abrió el maletero del que salió Perkins encogido.

—¿Dónde estamos, qué ha pasado?

—Son muchas cosas para explicar y ahora no hay tiempo. Voy a entrar ahí sin hacer ruido. Tú vigila el vehículo y cuida de Ciel.

—Pues claro que voy a cuidar de ella — gruñó el joven, molesto.

—Muchacho, que no se te ocurra marcharte, ahora, con el atom-hover-craft. Sería inútil, no llegarías lejos. En cambio, yo conozco este planeta como la palma de mi mano. ¿Comprendes?

—Está bien.

Stylos consiguió introducirse en el bungalow por la pequeña ventana del baño y de ella pasó al living, justo cuando Gerardout se había colocado encima de Kania que estaba con brazos y piernas abiertos, sin defensa alguna.

Se acercó a Gerardout y cogiéndolo por las orejas tiró hacia atrás, arrancándolo de su presa que ya tenía los ojos cerrados y posiblemente soñaba.

Interrumpido bruscamente en su acción libidinosa, Gerardout lanzó un grito, furioso. Se revolvió contra Stylos empujándolo y consiguió deshacerse de él.

Volvió a lanzarse sobre el cuerpo desnudo de la mujer con el deseo imperioso de satisfacer sus instintos, mas Stylos, que se había recuperado, se le acercó por delante y le propinó un gancho que lo arrancó materialmente de Kania, dejándole el rostro tumefacto.

Gerardout, que no se había quitado el sayal que vestía, sino que, simplemente se lo arremangaba, rodó sobre el mullido suelo, cogiéndose la cara y lanzando aullidos.

Presa del deseo, incrementado por el alucinógeno afrodisíaco que tomara, intentó volver a cargar contra Kania, contra aquel cuerpo maravilloso que lo atraía como un planeta a un meteorito.

Stylos no dudó en golpearle con los puños en el cuerpo y hasta que no lo tumbó de un gancho en la mandíbula no quedó satisfecho. Miró a Kania y vién-dola profundamente dormida, se dijo:

—Mejor, así no sabrá qué ha pasado.

Buscó unos cordones y ató las manos y los pies de

Gerardout. Cuando lo tuvo bien sujeto, se lo cargó al hombro y regresó a su vehículo donde aguardaban Ciel y Perkins.

—¿Es éste el hombre? — inquirió la joven.

—Sí; si alguien ha preparado los superacuarios para cerebros extirpados, ha tenido que ser este tipo, pero le interrogaremos para cerciorarnos.

—¿Hablará? — pregunto Perkins, dudoso.

—Espero que sí. Salimos de viaje, de inmediato.

—¿Hacia dónde? — quiso saber Ciel.

—A un lugar donde no sea fácil que nos encuentren Hemos de evitar los controles milicianos que os están buscando.

—¿Lo coloco en el maletero? — preguntó Perkins.

—Sí, y tú métete con él, así lo vigilas.

—Nos asfixiaremos — protestó el muchacho.

—No lo creo, tiene un respiradero para poder llevar animales de compañía, pero habrás de andarte con cuidado por si despierta.

—¿Por qué? — inquirió el joven—. ¿Va armado?

—Según como se mire y como tú eres tan jovencito y casi pareces una chica...

—¡Stylos, no voy a consentir que me insulte! — rugió, amenazador, el joven y delgado Perkins.

—Muchacho, sólo pretendo advertirte de que este tipo es peligroso y, además, estaba ansioso por... En fin, dejémoslo estar.

Al poco, el atom-hover-craft volvía a ponerse en marcha, rehuyendo los viales normales.

—¿Qué le has querido decir a Perkins? — preguntó Ciel, intrigada.

—Pues, que me temo que ese Gerardout se ha tomado algún afrodisíaco y estaba muy disparado cuando lo he cogido, sólo pensaba en una cosa y he tenido que utilizar los puños para dejarlo inconsciente.

—¿Y está encerrado junto a Perkins? Pero, si es casi un niño...

—Espero que sepa defenderse.

Ciel se rió espontáneamente mientras se filtraban por una espesa vegetación, alejándose de la ciudad.

CAPITULO VIII

El comandante en jefe de la milicia mercenaria de Dorado se personó en el gran laboratorio de Gerardout donde los discípulos de éste trataban de ponerlo todo en funcionamiento,

Allí había tres docenas de superacuarios, aunque, en principio, sólo se utilizaría uno y luego nueve si el primero funcionaba bien.

Las paredes estaban llenas de controles y cada acuario poseía un panel propio con ojo electrónico y bocina parlante.

En medio de la sala aparecía una de las cápsulas de criogenización en cuyo interior yacía el sabio Walerkson que, justo antes de morir, había sido preparado para resistir el tiempo sin que la muerte se lo llevara, en espera de que en el futuro se encontrara remedio para su enfermedad mortal.

—¿Dónde está Gerardout? — inquirió Rashol.

Ninguno de los ayudantes del enigmático científico, artífice de la diabólica operación para esclavizar los cerebros de los supergenios, se movió.

Rashol miró los controles y gruñó:

—Estamos acercándonos a cero grados... ¿Dónde está Gerardout?

Al repetir su pregunta, ya muy molesto, se encaró con el ayudante primero de Gerardout que sabía de las actitudes sin piedad de Rashol, que no tenía mentalidad terrícola, sino krowonita. Los

seres de Krowon eran pocos pero muy temibles.

—Desde que comenzamos a elevar la temperatura de la cápsula de criogenización, no ha aparecido por aqui, comandante Rashol.

—No es posible. ¿Dónde se ha metido?

Nadie parecía saberlo y Rashol abandonó la sala de los superacuarios y al desdichado genio que, poco a poco, despertaría a la vida para luego morir si no llegaba alguien para remediarlo.

—¡Mayor Virous!

Si mayor Virous no tardó en acercársele.

—A sus órdenes, comandante Rashol.

—¿Dónde está Gerardout?

—Lo ignoro, comandante Rashol.

—¡Que lo busquen inmediatamente!—rugió—. ¡Mayor Virous, no he visto a un tipo más torpe que tú! No has encontrado a los fugitivos y, ahora, no sabes dónde está Gerardout.

—Comandante, la debilidad de Gerardout son las mujeres hermosas...

—Pues, ¿a qué esperas? ¡Vamos, búscalo y tráetelo!

—Sí, comandante.

El mayor Virous, viendo peligrar sus soles de graduación que brillaban en el casco y en las bocamangas de su guerrera, se alejó mientras Rashol regresaba a la sala para encararse con los ayudantes de Gerardout y exigirles:

—¡Si no aparece vuestro maestro, haréis vosotros el trabajo!

Los discípulos se miraron entre sí, muy preocupados. El primer ayudante expuso, con temor:

—Comandante Rashol, nosotros sólo somos auxiliares. Gerardout lleva los trabajos de una forma personalista.

—¿Es que los superacuarios no funcionan?

—Sí, pero se trata de la extirpación del cerebro en el momento justo, de las desconexiones del cuerpo y las conexiones dentro del acuario. Es una labor tan difícil como delicada. Un error y la conexión, en vez de ser perfecta, daña la masa cerebral.

—¡Pues afinaréis bien, o no saldrá nadie vivo de aquí! ¡Voy a meter vuestros asquerosos cerebros dentro de esas malditas peceras, de modo que ya podéis ir preparándoos para que todo salga bien! ¡Milicianos!

Hacia el comandante avanzó una patrulla de milicianos y éste ordenó:

—¡Montad guardia aquí y que no entre ni salga nadie a menos que sea Gerardout al que ya conocéis, nadie más!

Rashol estaba enfurecido. El arriesgado proyecto de Gerardout había engolosinado su ambición y, hasta el momento, no tenía ninguna posibilidad de atacar abiertamente a la Milicia de la Confederación Galáctica.

Sus secuaces hacían raterías por los planetas menos vigilados y piratería espacial; conseguían pequeñas victorias de guerrilleros del espacio que hacían que sus enemigos comenzaran a temerles, porque tampoco se atrevían a atacarles abiertamente. Existía un cierto equilibrio de fuerzas, ya que Rashol se había hecho con una poderosa milicia de mercenarios.

El proyecto de Gerardout había hecho concebir a Rashol muchas ilusiones. Podía desequilibrar las fuerzas a su favor conociendo los secretos científicos, tecnológicos y militares de la Confederación Galáctica, secretos encerrados dentro de aquellos cerebros criogenizados.

La desaparición de Gerardout le había puesto fuera de sí. Corría el riesgo de perder su oportunidad de romper el equilibrio entre las dos grandes fuerzas milicianas espaciales.

El mayor Virous dio la señal de alarma en el planeta y puso en movimiento a todos sus hombres.

En pocos minutos se cortaron todos los viales de salida y entrada a la gran metrópoli y comenzaron los drásticos registros, fundiendo las puertas de las viviendas que no se abrían a sus llamadas.

Todos los habitantes de Dorado no tardaron en darse cuenta de

que algo muy grave ocurría.

Los milicianos no explicaban nada, pero la población suponía que lo que pasaba tenía mucho que ver con la búsqueda de los terrícolas Ciel y Perkins que tan profusamente habían aparecido en las pantallas de T.T.V.

El mayor Virous no tardó en llegar al despacho de Nosos que le recibió muy amable, pues no deseaba tener pleitos con los milicianos de Rashol y siempre colaboraba en cuanto le pedían.

—¿Qué sabes de Gerardout? — le preguntó, a boca jarro.

—¿Gerardout, todo este despliegue de milicianos es para buscar a Gerardout? — preguntó Nosos, desconcertado, con su voz gutural.

—Es mejor que digas lo que sepas, nuestro comandante está muy enfurecido.

Nosos respiró hondo, el aire silbó entre los dientes triangulares que armaban su gran boca carnicera.

—Yo siempre he colaborado con los milicianos.

—Lo sabemos, Nosos, y también sabemos que Gerardout estuvo ayer aquí.

—Es cierto, estuvo aquí.

En aquel momento, el telecomunicador que el mayor Virous llevaba cogido a los correajes de su guerrera comenzó a emitir un pitido. El mayor Virous extrajo el pequeño paquete en qué consistía el receptor telecomunicador y se lo llevó al oído.

—Mayor Virous a la escucha.

Nosos no llegó a escuchar lo que le decían al mayor Virous y aguardó a que éste terminara y regresara el pequeño emisor-receptor a su lugar.

—Acaban de comunicarme que vieron a Gerardout junto con Kania, tu superestar.

—Así es, ahora mismo iba a decírtelo.

—¿Qué sabes de eso?

—Sé que se marchó con Kania y ella misma nos lo explicará, ahora. —Se acercó al intercomunicador de su mesa-escritorio y llamó por él —. Que se presente Kania, de inmediato, en mi despacho.

—Espero que ella nos dirá algo, Nosos; la desaparición de Gerardout no ha gustado nada al comandante Rashol.

No tardó en presentarse la bellísima superestar, enfundada en un complet que la ceñía desde el cuello a las muñecas y a los torneados tobillos, moldeando su cuerpo como una segunda piel.

—¿Qué ocurre? — interrogó.

Miró al mayor Virous con desconfianza. Kania no era ajena a los severos controles de viales a que sometían a la metrópoli en aquellos momentos.

—¿Dónde está Gerardout? — inquirió el mayor Virous, agresivo.

—Anda, respóndele, lo están buscando — apremió Nosos.

La joven, como si no supiera bien si se trataba de una broma o de algo serio, miró a uno y a otro alternativamente y luego dijo:

—Pues, lo que tú sabes, Nosos.

—¿Yo?

—Sí, que se vino conmigo al bungalow del lago.

—Eso ya lo sabemos — asintió el mayor Virous —. Los controles de viales nos han comunicado que os vieron juntos.

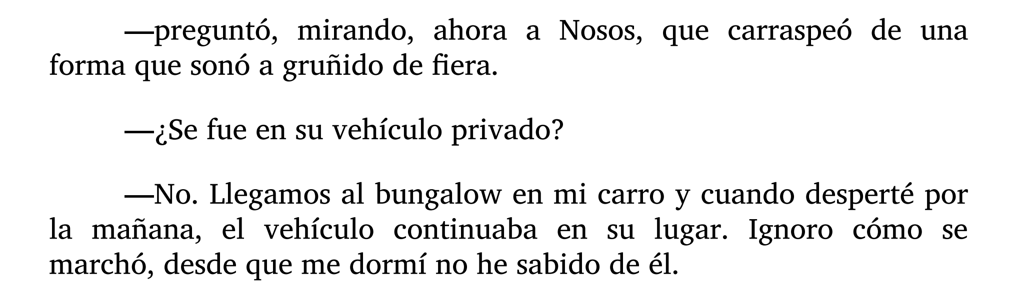
—Pues no sé más. Me dormí y al despertar ya no estaba. Creo que debió de pasarlo bien.

—¿Y dices que al despertar no estaba? — insistió el mayor Virous.

—Así es. Yo me dormí, él me hizo tomar un somnífero; cualquiera sabe lo que pretendía, al hacérmelo tragar — rezongó ella, recordando el cambio de copas.

—¿Y tú aceptaste? — inquirió Virous.

—¡Qué remedio! Se trataba de dejarle contento, ¿no?


—preguntó, mirando, ahora a Nosos, que carraspeó de una forma que sonó a gruñido de fiera.

—¿Se fue en su vehículo privado?

—No. Llegamos al bungalow en mi carro y cuando desperté por la mañana, el vehículo continuaba en su lugar. Ignoro cómo se marchó, desde que me dormí no he sabido de él.

—¿Lo ves, mayor Virous? Nosotros no tenemos nada que ver con la desaparición de Gerardout, todo lo contrario, sólo deseamos complacerle.

—Me parece poca explicación, muy poca — rezongó el mayor Virous.

—Pues, no puedo decirle más. Me desperté y ya no estaba, no sé más.

—Eso ya lo averiguaremos. Si ha habido un complot para secuestrarle, lo descubriremos.

Kania intuyó que las cosas se le estaban poniendo muy feas. Podía ser la más hermosa de las superestars, la más deseada, pero con los milicianos de Rashol no se podía jugar.

—No lo entiendo... Ni siquiera sabía que hubiera desaparecido, quizá se ha ido a cazar o a visitar a algún amigo.

—No creo. De momento nos acompañarás a la fortaleza.

—¿A la fortaleza? — repitió Kania con un hilo de voz, notando que un helado escalofrío recorría su espinazo.

Nosos intervino, saliendo en defensa de su empleada:

—Vamos, mayor Virous, no pensarás que Kania puede tener algo que ver con la desaparición de ese Gerardout, ¿verdad?

—Nosos, tú también vendrás con nosotros a la fortaleza.

—¿Yo? — exclamó el eslowita Nosos, sorprendidísimo.

—Sí, ésta es una situación de gran emergencia.

—Pero, yo siempre he sido un fiel colaborador... Controlo muchas cosas en Dorado...

—Y seguirás controlándolas, si colaboras eficazmente.

—¡Yo no quiero ir a la fortaleza! — exclamó Kania, visiblemente asustada.

Ella, como todos en Dorado, había oído hablar mucho acerca de las torturas que en el interior de la fortaleza se aplicaban a los prisioneros que eran conducidos allí.

—¡Milicianos! — llamó el mayor Virous.

Una escuadra armada entró en el despacho. Por un instante, Nosos miró hacia su mesa donde tenía siempre un arma por si algún aventurero le colocaba en una situación peligrosa; mas se contuvo y optó por forzar una de sus sonrisas.

—Vamos, yo tengo muchos deseos de colaborar.

—¡Pues yo no!—gritó Kania, terriblemente asustada.

Comenzaba a temer que estaba rodando por la pendiente de la desgracia. Entre dos milicianos la sujetaron y le colocaron el cinturón con los grilletes de muñecas para que no tratara de escapar, lo que la aterrorizó aún más.

—¡Nosos, haz algo, que me liberen las manos! — gritó, casi histérica.

Nosos ni la escuchó; acercándose al mayor Virous, ofreció muy amable:

—Fuma, fuma de mis cigarros, son los mejores. Como te decía, mayor Virous, es muy conveniente barrer a los indeseables y espías de nuestro planeta. Seguro que Rashol terminará siendo el emperador de toda la Galaxia y yo le apoyaré con mi dinero.

—Eso está bien, Nosos, está muy bien.

Y se alejaron en dirección a la fortaleza.

CAPITULO IX

Gerardout, a causa de la bebida en exceso, los alucinógenos, los violentos deseos sexuales y los golpes recibidos, tardó muchas horas en despertar. Cuando lo hizo, tenía una horrible jaqueca.

Se incorporó. No estaba atado de pies ni de manos y sólo recordó que deseaba a Kania, la bellísima Kania, y ya no estaba seguro de si la había gozado en sueños o en la realidad.

Abrió mucho los ojos y ante él descubrió a un hombre vestido con el uniforme de miliciano mercenario, con los soles que le identificaban como capitán de la milicia espacial de Rashol.

—¡Stylos! —exclamó.

—¡Hola, Gerardout! ¿Te encuentras ya bien?

Se tocó el cuerpo, donde le dolía; también le dolía la cabeza y especialmente la mandíbula.

—Tengo la impresión de que he recibido una gran paliza. ¿Qué haces tú aquí, qué hago yo y cómo es que llevas ese uniforme de capitán?

—Son muchas preguntas pero trataré de responderlas. El mismísimo Rashol siempre se ha empeñado en que yo fuera oficial de la milicia espacial desde que abandoné la milicia de la Confederación.

—No, sabía que fueras ya miliciano.

—¿Crees saberlo todo, Gerardout?

—Todo, no, pero muchas cosas sí.

Miró en derredor. Se hallaban en una especie de rudimentaria cabaña, hecha con troncos. Volvió su rostro hacia el aventurero Stylos y preguntó:

—Me has golpeado tú, ¿verdad?

—Lo que importa es que te encuentres bien, porque vamos a abandonar este lugar.

—¿Dónde estamos?

—En un área arbolada y casi desértica de habitantes, pero tengo mi vehículo afuera.

—¿Para qué me has traído aquí?

—Para charlar un poco antes de marchar a la fortaleza que está junto al astrodromo.

—Me duele mucho la cabeza pero, pese a todo, creo que algo huele mal.

—Es cierto, algo huele muy mal y eres tú precisamente.

—Eso quiere decir que tramas algo. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas.

—De modo que después de golpearme me secuestraste...

—Sí.

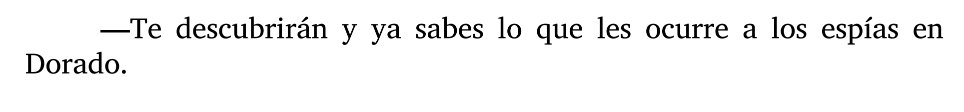
—¿Por qué?

—Porque tengo un plan que tú me ayudarás a llevar a cabo.

—¿Un plan, en contra de los milicianos? Porque tú no eres miliciano, claro.

Stylos sonrió.

—El uniforme no hace al hombre. Lo cierto es que este uniforme no es mío, pero me servirá para entrar en la fortaleza.


—Te descubrirán y ya sabes lo que les ocurre a los espías en Dorado.

—Sí, los desintegran.

—¿Y no te inquieta ese final?

—Sí, porque sólo tengo una vida, como tú.

—¿Es una amenaza?

—Si hace falta que la remache…

Gerardout, que se veía con las manos libres y también los pies, sin que nadie le atacara, inquirió, irónico.

—¿Y supones que voy a obedecerte?

—Debajo del sayo, alrededor de tu cintura, llevas colgado un cinturón.

Gerardout se palpó el cuerpo y no tardó en descubrirlo. Trató de forzar la hebilla tras la propia tela y no consiguió abrirla.

—Es inútil. Además, no te conviene. Si llegas a cortarlo, estallará la carga que lleva y te vas a quedar sin tripas.

—¿Un cinturón de la muerte? — preguntó, palideciendo.

—Si tú quieres la muerte, sí.

—¿Y si no me importa morir? — preguntó, desafiante.

—Magnífico, moriremos los dos o quizá tú solo, eso no fallará. Te voy a tener vigilado en todo momento y en cuanto trates de hacerme una jugarreta, será tu fin. Además, la carga sólo es suficiente para matarte a ti y a nadie más, de modo que tú verás si te interesa morir.

Gerardout comenzó a olvidarse de su jaqueca, preocupado como estaba por aquel cinturón que no veía pero que palpaba a través de la ropa. Stylos estaba seguro de que Gerardout no querría morir.

—No conseguirás nada, te descubrirán.

—Está por ver y si me descubren, tú me ayudarás a escapar.

Gerardout comenzó a pensar que, por el momento, era preferible ceder. Si había tiempo por delante, siempre se le presentaría alguna ocasión ,para salir de aquel aprieto y quitarse el cinturón de la muerte.

—¿Con qué puedes hacerlo estallar? — inquirió.

—Eso no te lo voy a decir.

—¿Por qué?

—Es mejor que lo ignores, así tendrás más cuidado, pero te aseguro que es sumamente fácil. Tu vida depende de lo que me ocurra a mí.

—De todos modos, al final me matarás.

—No es mi intención matarte, sólo me interesa tu colaboración.

—¿Palabra de honor que no me matarás?

—No, a menos que tú mismo firmes tu propia sentencia de muerte.

—Entonces, ¿por qué me has secuestrado a mí y no a otro?

—Porque tú puedes ayudarme mejor.

—¿A qué?

—Ya lo sabrás.

—Sí es tan sencillo hacer estallar este cinturón, corro mucho peligro.

—Sí, mucho. Tienes una sola vida, Gerardout, y si quieres estrujarla al máximo harás lo que te pida, o quizá prefieras ser mártir de alguna causa, pero no creo que tú seas de los que dan su vida para que Rashol siga con sus planes adelante.

—Yo quiero mi vida.

—Lo sé, por eso me obedecerás y te advierto que no va a servirte de nada el que me dispares a traición. El explosivo que llevas en el cinturón reventará lo mismo.

—Si tú mueres, no podrás hacerlo estallar.

—Te equívocas. Lo que yo hago estando vivo es impedir que estalle. Si muero, no tendrás tiempo de quitártelo de encima.

—Está bien, Stylos, estoy en tus manos y quiero vivir — barbotó —. Ahora, dime qué pretendes.

Stylos observó que Gerardout no sudaba de miedo, mas estaba seguro de que lo sentía. Era un hombre muy pagado de sí mismo; el sayal que vestía sólo era una pose, una forma de llamar la atención y un exponente de falsa modestia.

—Iremos a la fortaleza, me interesa la nave de la Confederación Galáctica.

—¿La Sirium-50?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tu plan de extirpar los cerebros me parece algo repugnante.

—¿Quién te lo ha contado?

—Un soplo y, repito, es algo repugnante. A esos supergenios criogenizados hay que dejarlos descansar en paz, hasta que sea posible recuperarlos en el futuro. No se les pueden extirpar los cerebros para someterlos a la odiosa esclavitud de unos acuarios.

—Vivirán más tiempo, tendrán todo el alimento que necesiten y el placer que quieran.

—Sí, siempre quietecitos dentro de la pecera y cuando no interese que hablen, se cerrará un botón o se les aplicará dolor. Creo que esta clase de vida sólo puede gustarle a los idiotas.

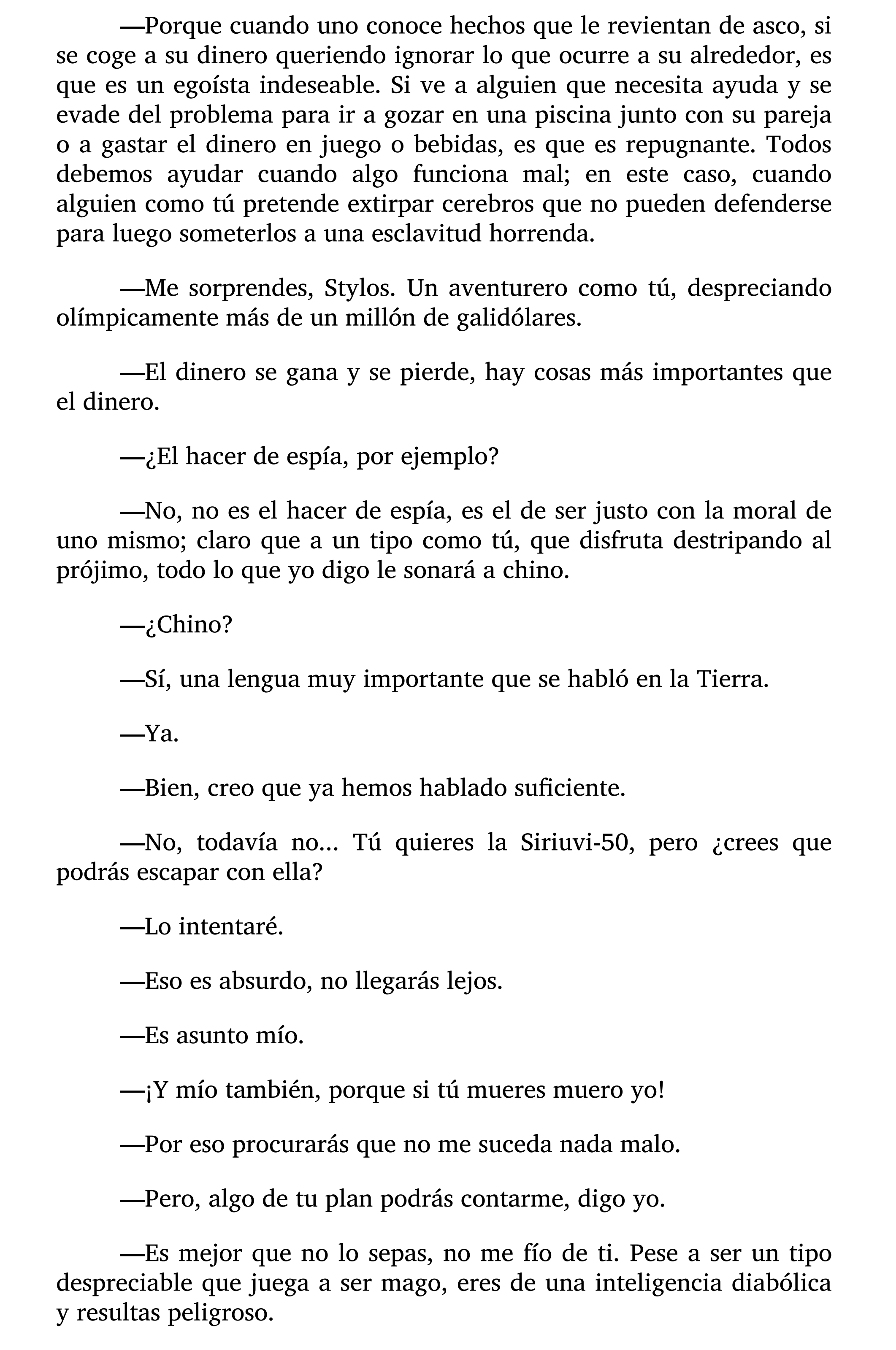
—Entonces, sí eres un espía de la Confederación...

—¿Y qué más da que lo sea?

—Y yo que creía que eras un aventurero y hasta me había contado Kania que tenías más de un millón de galidólares...

—Y lo tengo.

—¿Y por qué no te dedicas a disfrutarlo en vez de meterte en líos?



—Porque cuando uno conoce hechos que le revientan de asco, si se coge a su dinero queriendo ignorar lo que ocurre a su alrededor, es que es un egoísta indeseable. Si ve a alguien que necesita ayuda y se evade del problema para ir a gozar en una piscina junto con su pareja o a gastar el dinero en juego o bebidas, es que es repugnante. Todos debemos ayudar cuando algo funciona mal; en este caso, cuando alguien como tú pretende extirpar cerebros que no pueden defenderse para luego someterlos a una esclavitud horrenda.

—Me sorprendes, Stylos. Un aventurero como tú, despreciando olímpicamente más de un millón de galidólares.

—El dinero se gana y se pierde, hay cosas más importantes que el dinero.

—¿El hacer de espía, por ejemplo?

—No, no es el hacer de espía, es el de ser justo con la moral de uno mismo; claro que a un tipo como tú, que disfruta destripando al prójimo, todo lo que yo digo le sonará a chino.

—¿Chino?

—Sí, una lengua muy importante que se habló en la Tierra.

—Ya.

—Bien, creo que ya hemos hablado suficiente.

—No, todavía no... Tú quieres la Siriuvi-50, pero ¿crees que podrás escapar con ella?

—Lo intentaré.

—Eso es absurdo, no llegarás lejos.

—Es asunto mío.

—¡Y mío también, porque si tú mueres muero yo!

—Por eso procurarás que no me suceda nada malo.

—Pero, algo de tu plan podrás contarme, digo yo.

—Es mejor que no lo sepas, no me fío de ti. Pese a ser un tipo despreciable que juega a ser mago, eres de una inteligencia diabólica y resultas peligroso.

Le cogió por el brazo y lo empujó hacia la puerta de la cabaña. Stylos era más fuerte, más atlético que Gerardout. Aparte de sentirse sometido por el cinturón de la muerte, Gerardout sabía que a puñetazos no podría vencerle.

Afuera aguardaba el atom-hover-craft y en su maletero abierto había dos androides metálicos de color cobre que permanecían inmóviles, encajados en el portaequipajes cuya tapa había sido sacada para que ambos pudieran caber bien.

—¿Son tuyos? — preguntó Gerardout.

—Sí, son dos androides de carga, me ayudan. Un día de éstos tendré que llevarlos a reparar, andan algo faltos de aceite en sus engranajes y sus motores están llenos de polvo y carbonilla, como han trabajado en las minas. Anda, vamos.

Le hizo subir al vehículo. Stylos se colocó al volante, se encasquetó el yelmo de miliciano que le ocultaba el rostro y advirtió:

—Recuérdalo: si me buscas problemas, tú serás el primero en reventar.

—Has prometido no matarme.

—Si llevo a cabo mi plan, que consiste en sacar de este planeta la Sirium-50 con los supergenios dentro. No lo olvides, Gerardout.

—Pues luego ya no podrás volver para disfrutar tu millón y pico de galidólares.

—Me pondré a llorar, pero ya se me pasará.

—¿Esperas que los de la Confederación Galáctica te den una medalla por tu acción heroica?

—¿Medalla? Vamos, vamos… Aunque, pensándolo bien, si se ha muerto ya el capitoste con el que tuve unas palabritas, quizá vuelva a la Milicia de la Confederación. Supongo que me guardarán un puesto.

—¿Quieres que te diga una cosa, Stylos?

—Si crees que va a servir de algo… —replicó, poniendo en marcha el vehículo que se elevó tres pies por encima del suelo gracias al colchón de aire.

—No conseguirás nada, los de la milicia no te dejarán llegar

lejos.

—Puede que tengas razón, pero los aventureros como yo solemos jugárnoslo todo a una carta; si no, no tiene gracia. Ganar un millón es muy importante, arriesgado y divertido. Vivir luego del millón es terriblemente aburrido, si ya se han perdido los objetivos.

Aceleró, alejándose de la cabaña.

CAPITULO X

La fortaleza era, en realidad, un muro largo, interminable. Se elevaba en una llanura exenta de rocas y vegetación donde hasta un lagarto podía ser detectado antes de que se acercara.

Los muros de la fortaleza eran gris azulados y no se veían ventanas ni orificios a simple vista. Parte de la fortaleza se hallaba en el subsuelo y comunicaba con el subsuelo del propio astodromo.

Al otro lado del muro, fuera del alcance de cualquier teleobjetivo, se hallaban las edificaciones milicianas y la mejor, la más alta y circular, era la que ocupaba Rashol en persona.

Al sur de la fortaleza se hallaba el astrodromo con sus focos de indicación y las naves de carga y de guerra, las múltiples y las individuales, siempre dispuestas y con el armamento a punto para entrar en combate, porque así lo exigían las ordenanzas.

Las instalaciones ocupaban una vasta área de unos millares de kilómetros cuadrados, pues allí concentraba Rashol todo su poder. Nadie podía llegar por el espacio y acercarse a la fortaleza sin ser

abatido, sin que un puñado de naves milicianas de combate despegaran para atacar al intruso antes de que pudiera acercarse a aquel nidal de mercenarios.

Stylos conducía su vehículo por el vial que llevaba a la puerta principal, con la mayor naturalidad del mundo. Sabía que ya debía haber sido detectado y que estarían atentos en cuanto arribase a la entrada; así sucedió.

—Cuidado, Gerardout, ahora es cuando las cosas se pueden poner feas. Si yo muero, tú también la palmas, recuérdalo.

—No hace falta que me lo repitas tanto, pero tú solo no conseguirás nada, vas de cabeza hacia tu suicidio.

—Eso está por ver.

Detuvo el vehículo frente a la entrada y se le acercaron varios milicianos que les rodearon con sus armas.

—¡Hola, compañeros! He encontrado a Gerardout, ha sido difícil, pero al fin lo he encontrado. Abrid la puerta, rápido.

—Sí, mi capitán — saludaron de inmediato al ver la graduación que lucía Stylos en su uniforme y también al reconocer la fisonomía inconfundible de Gerardout, al que todos habían estado buscando por orden del mismísimo Rashol.

No prestaron ninguna atención a los dos androides que viajaban en el maletero esperando órdenes de sus amos; sabían que los androides no llevaban armas ni se les programaba para atacar.

Stylos se adentró en la fortaleza tras cruzar el muro de cincuenta metros de espesor, a través del túnel que era la puerta. Al otro lado se extendía una gran explanada donde los milicianos iban de un lado a otro, todos muy ocupados.

—Ya estamos dentro.

—No saldrás vivo de aquí— rezongó Gerardout.

—Te empeñas en ser mago y me parece que no aciertas el porvenir. ¿En qué lugar tienes el laboratorio?

—Sigue por la derecha, está entre aquellos dos edificios.

—Recuerda que no te conviene mentirme.

—Lo tengo bien presente — masculló, palpándose el cinturón de la muerte.

Desde la entrada comunicaron de inmediato la arribada de Gerardout al que se estaba buscando por todo el planeta Dorado, mientras Stylos conducía su vehículo en dirección al laboratorio.

—Métete por aquel túnel — indicó Gerardout, señalándolo a través del cristal parabrisas.

Se introdujeron en una de las edificaciones y continuaron circulando hasta llegar a un muelle de carga y descarga.

—¿Por aquí se llega al astrodromo?

—Sí, por el túnel de la derecha.

—Bien, ahora vamos al laboratorio.

Stylos dejó a los dos androides dentro del maletero, sin ocuparse de ellos. En compañía de Gerardout se dirigió al laboratorio custodiado por una barrera de milicianos.

Se cuadraron ante Stylos y al ver a Gerardout, le abrieron paso de inmediato.

—¡Al fin llega, maestro Gerardout! — exclamaron sus ayudantes, que sudaban de miedo.

—¿Qué ocurre?

—El comandante Rashol había ordenado que si usted no aparecía, realizáramos nosotros la extirpación del cerebro.— Y señaló la cápsula de criogenización.

—Menudo desastre hubierais hecho... Vamos, desconectad los circuitos y ponedle de nuevo la refrigeración.

—¿La refrigeración, maestro Gerardout? Pero, eso es todo lo contrario...

—He dicho la refrigeración — insistió, firme—. No es el momento óptimo y tampoco el tipo que más me interesa, lo cambiaremos.

—¿Por otro?

—Sí. Vamos, rápido.

Los discípulos de Gerardout comenzaron a desconectar la cápsula dentro de la cual se conservaba congelado el sabio Walerkson. Gerardout miraba a Stylos de reojo, por si éste realizaba algún gesto que pudiera indicarle que corría peligro.

El mismísimo Gerardout, que no tenía, ningún interés en morir, se encargó de accionar nuevamente la refrigeración autónoma de la cápsula que guardaba el cuerpo, aparentemente sin vida, del sabio en biocibernética.

Desde la puerta, los milicianos observaban en silencio, sin atreverse a decir ni a preguntar nada. Sabían que Rashol tenía plena confianza en Gerardout y que al científico con aires de mago no se le podía molestar.

Stylos aguardaba siempre con la mirilla del casco bajada para que no se le pudiera ver bien la cara.

Comenzaron a empujar la cápsula hacia la puerta; se hallaba ya sobre una camilla rodante y nadie opuso resistencia. Llegaron al vehículo y Stylos pidió:

—Que la sujeten tras mi carro.

—Se caerá — advirtió Gerardout.

—Conduciré despacio.

—Esperadme aquí — pidió Gerardout a sus ayudantes—. Traeré otra cápsula más idónea para el trabajo.

Subieron al vehículo y se alejaron. Stylos observó que al muelle de carga llegaba él vehículo del mismísimo Rashol junto al cual iba el mayor Virous, conduciéndolo, y Nosos, muy sonriente, como colaborador de Rashol que era.

Kania había desaparecido en las mazmorras de tortura de la fortaleza; ya nadie iba a acordarse de ella.

Debieron comunicar a Rashol lo que estaba haciendo Gerardout porque éste ordenó de inmediato al mayor Virous:

—Sígueles por el túnel, veremos qué es lo que sucede.

Un vehículo comenzó a seguir al otro. Rashol trató de emplear

el telecomunicador y pese a que Stylos lo captó, prefirió cerrar el transmisor de su vehículo para no verse obligado a responder.

El túnel era largo. Pasaron junto a varios andenes que correspondían a distintas dependencias y continuaron hasta llegar al gran hangar de naves espaciales, acercándose a la Sirium-50.

—Ahí está — señaló Gerardout.

—Sí, ya sé cuál es la nave y veo que el fuselaje está reparado.

—Han tapado los agujeros que hacen las naves rémoras de caza para el abordaje.

—Un buen sistema. Se pegan como lapas y luego, en la circunferencia de pegado, abren un agujero en la plancha de la nave capturada y pasan de una a otra.

La rampa estaba abierta y Stylos no dudó en hacer subir su atom-hover-craft por ella, arrastrando la camilla a la que iba sujeta la cápsula de criogenización. Al fin se detuvo, ya dentro de la Sirium-50. Stylos saltó fuera del vehículo y se encaró con los androides para ordenarles:

—Bajad, tenéis que trabajar.

Los dos androides se movieron, saliendo del vehículo. Quedaron en pie junto a la camilla que transportaba la cápsula de criogenización cuando por la rampa subió el vehículo de Rashol que se detuvo junto al otro, ya que la Sirium-50, como nave de carga que era, tenía una bodega amplia.

—Eh, Gerardout, ¿dónde te habías metido? — inquirió Rashol, sombrío.

—Estuve en casa de Kania, que se lo diga Nosos —replicó Gerardout.

El mayor Virous saltó al suelo y también lo hizo Nosos.

Stylos saludó al mayor Virous que, en principio, no le prestó ninguna atención. Stylos se colocó tras él y le desarmó rápidamente. Cuando Virous se giró, sorprendido, Stylos le advirtió, entre dientes:

—Mayor, si hace una tontería, es hombre muerto.

—Pero ¿qué es esto, quién eres tú?

—Stylos.

—¡Stylos! —exclamó Nosos al oírle.

—Pero ¿qué es lo que haces, Gerardout, por qué has traído de nuevo esta cápsula aquí? — inquirió el comandante Rashol, autoritario como siempre.

—Pregúnteselo a ese capitán — respondió Gerardout.

Rashol se volvió, airado, y se encontró frente al cañón de la pistola ultrasónica que empuñaba Stylos.

—Bien venido a bordo de una nave confederada, Rashol.

—¿Quién eres tú? —barbotó.

—Stylos, un aventurero.

—Sí, ya sé quién es Stylos, con la mirilla bajada no te había reconocido.

—Rashol, le voy a desarmar. Levante las manos, un gesto estúpido y lo mato, palabra que lo mato.

—¡Estás loco si crees que podrás salir de aquí! — rugió Rashol.

Stylos se acercó al comandante y le quitó su pistola y el telecomunicador para que no pudiera pedir socorro.

De pronto, sonó un disparo superultrasónico y el mayor Virous se desplomó, resquebrajándose como si fuera un cristal golpeado. Uno de los androides había disparado contra él.

Nosos, dándose cuenta de que aquello no era ningún juego y de que podía perder su preciada vida, levantó las manos de inmediato.

—Stylos, tú y yo siempre nos hemos entendido bien

—articuló Nosos, forzando una de sus artificiales y borrascosas sonrisas.

Los dos androides se quitaron las cabezas metálicas y en su lugar aparecieron los rostros de Perkins y de Ciel que habían utilizado el armazón de los androides para no ser descubiertos.

—¡De modo que son ellos, maldición, os lo haré pagar caro!—

rugió Rashol.

—¡Rashol, Nosos, Gerardout, caminad! — ordenó Stylos.

Los condujeron a un cuarto metálico en el interior de la Sirium-50 donde quedaron convenientemente encerrados; después, Stylos les dijo a Ciel y a Perkins:

—Ahora, ya sabéis lo que hacer. Posiblemente, dentro de muy poco, se dispare una alarma automática. Rashol lo tendrá todo previsto para situaciones en que pueda ser secuestrado. Posiblemente, al dejar de emitir una señal determinada en alguna forma, se dispare el sistema de alarma. Hay que darse prisa, os dejo aquí y ya nos encontraremos... ¿De acuerdo?

Ciel le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca con fuerza. Perkins volvió la cara hacia otra parte para no verlos.

—¡Vente con nosotros, Stylos! — suplicó la joven.

—Imposible, no llegaríamos lejos. La Sirium es fácil presa para las naves de combate de la milicia. Vamos, hay que apresurarse. Perkins, cuida de ella,

—Si, capitán — ironizó Perkins.

Mientras descendía por la rampa, Stylos pidió:

—¡Cerradla ya, que nadie entre!

—¡De acuerdo!

Cuando ya Stylos corría por el hangar, la rampa de la Sirium-50 se cerró, aislándose del exterior. Stylos se dirigió hacia el control, subió al mismo y ordenó:

—¡Vamos, levantad la nave hacia el exterior, es orden del comandante Rashol, rápido!

—¿Orden del comandante? — inquirieron, sorprendidos.

—¡Sí, aprisa!

—Es que...

Stylos no podía perder tiempo y disparó contra los dos milicianos mercenarios que pertenecían a la civilización eslovita.

Buscó entre los mandos la forma de hacer subir el ascensor gigante sobre el que se hallaba depositada la nave confederada. Probó varias palancas hasta que acertó y el ascensor comenzó a subir la nave mientras el techo se abría sobre ella, majestuosamente.

Stylos, sabedor de que, de un momento a otro, podía dispararse la alarma general, subió por una escalera al astrodromo y desde lo alto, vio asomar lentamente la Sirium-50 que trataba de escapar.

—¡Aprisa, Ciel, aprisa! —exclamó, aun a sabiendas de que no podían oírle.

Miró las naves de combate allí detenidas y escogió una que tenía la portezuela abierta. Fue hacia ella cuando le salió al paso un piloto espacial de combate.

—¿Adónde va, capitán?

—¿Está cargada?

—Sí, mi capitán, a tope, pero...

Stylos le propinó un durísimo puñetazo al mentón que lo tumbó sobre la pista del astrodromo mientras él se introducía en la nave de combate espacial y cerraba la portezuela. Se sentó en la butaca de mando, se sujetó los atalajes y la puso en marcha, poco a poco, mientras la Sirium-50, pesada y grave, con su preciosa carga de cápsulas de criogenización que custodiaban para el futuro a los supergenios y también a ios tres prisioneros, iba quedando visible en el fabuloso astrodromo.

El piloto golpeado comprendió que se trataba de algo que no convenía a su milicia y saltó sobre la puerta forcejeando para abrirla cuando ya Stylos despegaba en vertical. El piloto quedó colgado; cayó luego y quedó abrasado por el fuego de los motores.

Stylos, tras su ascenso en vertical, se detuvo como si estuviera suspendido de una cuerda. Giró sobre sí mismo y apuntó con el cañón principal al edificio central de la fortaleza. Disparó.

Se produjo un rayo y luego, una gran explosión y deflagración. El edificio saltó hecho pedazos mientras la Sirium-50 ponía sus motores en marcha, iniciando el despegue.

—¡Arriba, arriba!—pedía para sí Stylos mientras apuntaba a un torreón de artillería y disparaba contra él, acertándole de lleno.

La explosión llenó de fuego gran parte dé las instalaciones; las piedras volaron en todas direcciones. Nadie había esperado jamás que les pudieran disparar desde tan cerca y sin previo aviso.

La Sirium comenzó a elevarse en busca del cielo y Stylos siguió disparando, destruyendo las instalaciones de la fortaleza y del astrodromo. La posición en que estaba era óptima para destruir toda la base miliciana de Rashol.

La fortaleza quedó envuelta en llamas, con la mayoría de sus edificios destruidos.

Stylos elevó su nave cuando observó que otras naves de combate comenzaban a despegar para darle caza. Disparó contra ellas y consiguió destruir a media docena antes de que se elevaran; mas algunas lo consiguieron y Stylos se alejó lo más rápido que pudo en busca del espacio donde las velocidades podían ser mayores. Además, quería proteger a la Sirium-50 antes de que alguna nave pudiera dispararle, tocándola de muerte.

Cruzó la troposfera, la estratosfera y la ionosfera del planeta Dorado y se lanzó al espacio sideral en pos de la Sirium-50 comandada por Ciel. Tras ellos, cinco naves les perseguían furiosamente.

Stylos logró dar alcance a la Sirium-50 que era más lenta. La rodeó y luego enfiló de cara hacia sus perseguidores.

Comenzó un encarnizado combate. Los rayos salieron silbando de una nave a otra. Stylos demostró entonces su gran capacidad para el manejo de naves especiales y fue desintegrándolas una a una, convirtiéndolas en bolas de fuego, mientras las naves efectuaban peligrosas maniobras tratando de buscar mejores lugares de tiro.

Cuando cayó la última nave, Stylos dio la vuelta yendo en pos de la Sirium-50 a la que se aproximó, poco a poco, hasta colocarse sobre ella. Abandonó su butaca y buscó el traje de supervivencia que llevaban consigo los pilotos espaciales para casos de emergencia. Se lo puso, se calzó las botas imantadas y acopló a su espalda las botellas de aire comprimido. Abandonó la nave miliciana y pegó sus pies sobre la Sirium-50.

—¡Atención, atención, soy Stylos! ¿Me oís?

—Aquí Perkins, te oigo. ¿Qué quieres?

-—¿Que qué quiero, es que eres imbécil? ¡Quiero entrar!

—¿Entrar? Tú eres un aventurero de Dorado...

—¿Qué demonios te pasa, Perkins, es que no te caigo bien?

—No, no me caes bien.

—¿Ah, no? Y si no llega a ser por mí, ¿dónde estarías ahora? Abre la puerta de inmediato, que cuando te vea te voy a dar un puñetazo para que seas un poco más feo, a ver si así luego tienes más éxito con las chicas.

Hubo un momento de tensión. Al fin, se abrió una puerta por la que Stylos se introdujo en la Sirium-50, mientras la nave de combate, sin nadie que la controlase, se alejaba lentamente en el espacio.

Stylos cerró la compuerta. Aguardó a la despresurización de la cámara y después abrió la puerta que daba acceso al resto de la nave. Frente a él esperaba Ciel que le abrazó, pese al traje de supervivencia.

—¡Lo conseguimos, lo conseguimos, Stylos, lo conseguimos!— gritó, alborozada, y le besó en la mirilla del casco espacial.

Mientras tanto, Rashol se hundía en la rabia de la derrota. Ya sabía lo que le esperaba al ser entregado a las autoridades de la Confederación que, sin duda alguna, se harían cargo del planeta Dorado cuya milicia mercenaria había quedado sin jefe y desarbolada, merced al furibundo ataque por sorpresa.

Nosos se lo tomó con más filosofía; esperaba pactar con quien fuese.

Gerardout se palpaba, con miedo, el cinturón de la muerte que no era tal, ni tenía ninguna clase de explosivos. Sólo había sido una argucia de Stylos para meterle el miedo en el cuerpo y hacerse obedecer. Gerardout esperaba salvar la vida, no en vano era consciente de que en la Confederación no existía la pena de desintegración, aunque nadie iba a librarle de trabajos forzados en algún planetoide de castigo.

Stylos se despojó del casco y descargó las botellas de aire comprimido. Después de besar a Ciel le dijo:

—Tengo que comprobar una cosa, ven conmigo.

Cogiéndola de la mano, la llevó hasta su atom-hover-craft. Abrió un compartimiento secreto que tenía bajo el asiento y sacó una bolsa que contenía una docena de gigantescos rubíes convergentes, naturales.

—Estupendo, todo está bien.

—Stylos, ¿no querías ser pobre?

—La verdad, me he pasado mucho tiempo cavando en la mina hasta dejarla limpia. Luego tuve que explicarle un cuento a Nosos para que mordiera el anzuelo y comprara, pero sólo le di uno de estos rubíes. ¿Crees que los venderé bien, en la Confederación?

—¡Granuja!

Volvieron a besarse apasionadamente mientras Perkins, enfurruñado y gracias al telecomunicador, escuchaba toda la conversación.

F I N